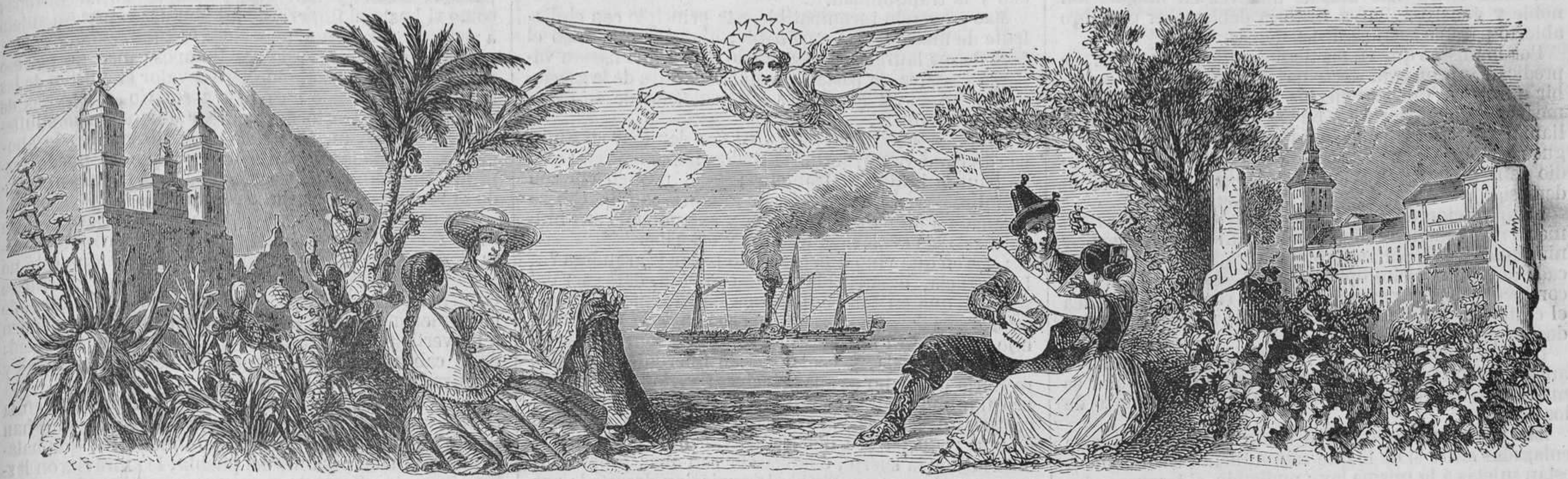


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 102.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Balaklava; grabado. — Discurso del señor D. Francisco Martínez de la Rosa, en la apertura del Ateneo de Madrid. — Revista de París. — Vistas, escenas y episodios referentes á la campaña de Crimea; grabados. — La primavera y las lilas. — Sebastopol; grabados. — La princesa Mery. — Revista de la moda. — Pormenores estratégicos sobre el ataque de una plaza. — El capitán de ingenieros Schmitz; grabado.

Balaklava.

Ya hemos dado en las columnas de nuestro periódico algunos pormenores sobre el puerto de Balaklava, y hoy añadiremos para complemento de lo dicho cuatro palabras sobre su actual estado. Balaklava es un pueblo pequeño que se refleja en un puerto rodeado de rocas elevadas que, vistas de la mar, no descubren á ninguna distancia la abertura que pueda indicar una entrada en el puerto. Solo cuando se está cerca y en frente; las torres genovesas arruinadas que dominan una cresta viva designan el paso estrecho y sinuoso que da entrada en un dique al abrigo del furor de las olas, por fuertes que puedan ser las tempestades. Esta disposición del puerto ha hecho que Balaklava sea siempre un refugio de piratas. Strabon nos dice que era el lugar predilecto de los *tauri*, que ponian sus embarcaciones al abrigo de esas rocas inaccesibles cuya defensa era tan fácil. Balaklava fué despues una colo-

nia general conocida con el nombre de *Cembalo*; su comercio se hallaba entonces muy floreciente, pero al cabo llegó á extinguirse con los otros establecimientos que los genoveses habian fundado sobre las costas del Mediterráneo, del Helesponto, y del mar Negro.

Balaklava presenta hoy un aspecto casi miserable; las pocas casas que cuenta se hallan sobrepuestas unas sobre otras en unas vertientes pedregosas que llegan hasta el puerto. Los únicos adornos de esa poblacion medio arruinada consisten en algunas huertas. El puerto á pesar de su estrechez es accesible á los buques mayores. El ejército inglés ha desembarcado allí todo su material de sitio, y continúa recibiendo por él sus provisiones. Por esta razon se han construido defensas en Balaklava; ya existen fortificaciones en las alturas que las dominan, bien armadas y defendidas. Los rusos habian comprendido toda la importancia de esta posesion para los ejércitos aliados, y por eso todos los esfuerzos de su ejército de observacion se concentran sobre ese punto. Despues de haber intentado una sorpresa sobre las obras avanzadas de los ingleses, se limitan á ponerse sobre la defensiva detrás de las fortificaciones que han construido al frente de las líneas inglesas.

El pequeño valle que conduce al puerto de Balaklava contrasta agradablemente con la aridez de las rocas que le rodean, pues despliega un lujo de vegetacion notable; se ven en él muchos almendros y hermosas viñas que han vendimiado las tropas aliadas; pero por desgracia ese rincon de tierra privilegiado es muy pequeño, y al rededor el terreno es árido y pedregoso.

Mas allá de Balaklava se estrecha el valle; por am-

bos lados las cuestas son muy pendientes, y por delante se abre una garganta por donde pasa el camino de Sebastopol. Despues de esta garganta hay una altura con zanjas y barrancos, dónde los franceses han establecido su campamento, y donde principiaron su tarea de abrir trincheras y demás trabajos de sitio, muy difíciles todos allí por la mala naturaleza del terreno.

Discurso

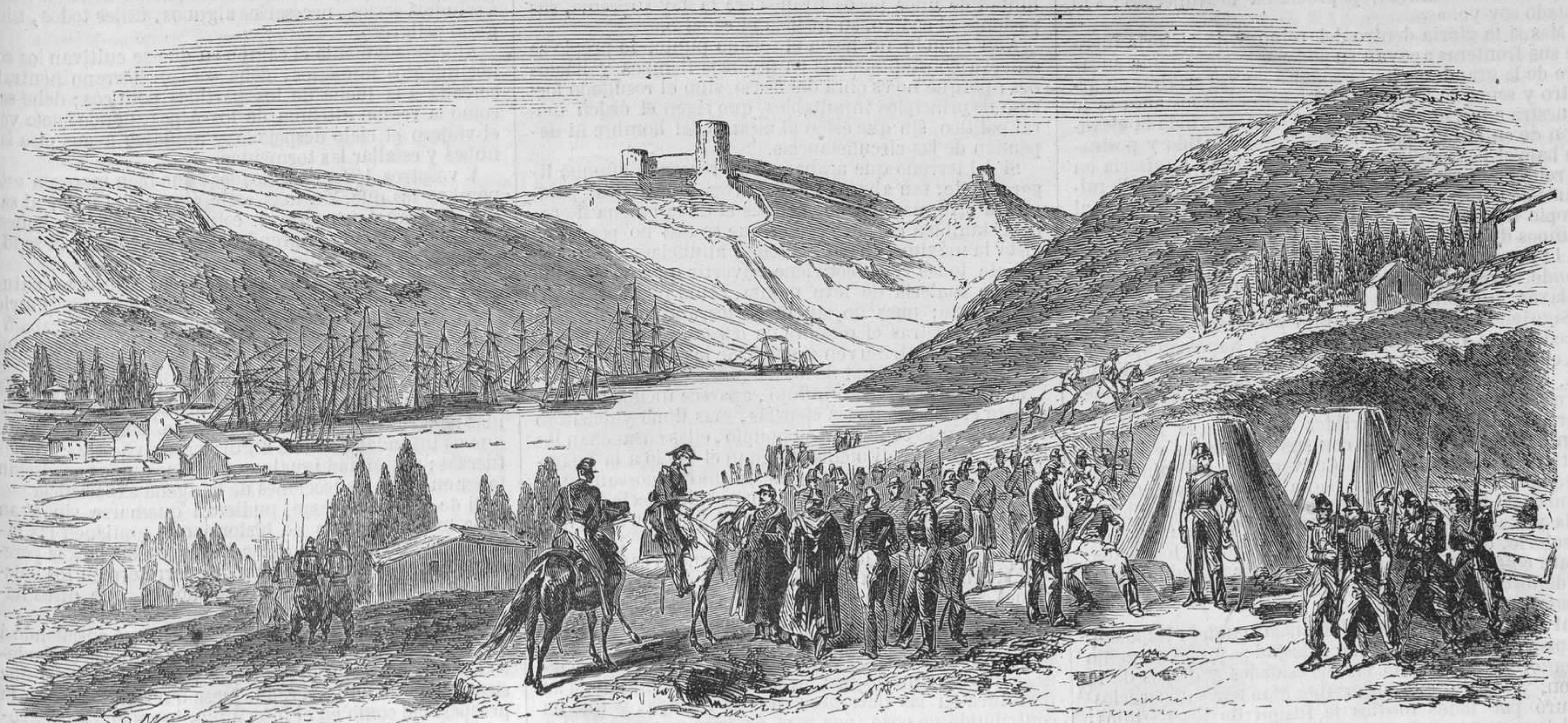
DEL SEÑOR DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA, EN LA APERTURA DEL ATENEO DE MADRID.

Señores :

Al abrir otra vez sus cátedras este cuerpo literario, se renueva en mi ánimo el sentimiento de la gratitud mas profunda : pues que debo á la benevolencia con que repetidamente me ha honrado la satisfaccion, para mí tan lisonjera, de dirigiros la palabra en este acto solemne.

Inútil fuera encarecer la importancia de los graves estudios que con el mas laudable celo se facilitan á la juventud en este útil establecimiento; así como insistir en una verdad por todos reconocida, á saber; que si la instruccion, sólida y sana, es en todos tiempos y naciones provechosa, lo es aun mas, si cabe, cuando se trata de que se arraiguen en un Estado instituciones liberales.

Estas flaquean, y mas ó ménos tarde vienen á tierra, si no están apoyadas en aquel firmísimo cimiento;



Vista de Balaklava. tomada desde el fondo del puerto.

siendo harto evidente que se necesitan mas frenos religiosos y morales, á proporcion que adquieren mayor ensanche las libertades públicas y los derechos de las particulares.

El olvido ó menosprecio de este principio, que puede reputarse fundamental, suele acarrear gravísimos males, como se ha visto mas de una vez en una nacion noble y generosa, cuya historia debiera ser un libro abierto para enseñanza de las demás.

Por lo mismo que en los tiempos que alcanzamos, se predicán y propagan doctrinas extremadas, sin percibir quizá los funestos efectos que acarrear pudieran, me ha parecido oportuno, en vez de seguir la corriente, llamar vuestra atención hácia una máxima de los antiguos, que encierra en tres breves palabras el compendio de la sabiduría humana: *ne quid nimis*: nada en demasia.

La aplicacion de esta saludable máxima en el orden moral no ha menester demostracion ni pruebas: no hay ninguna virtud, por laudable que sea, que no esté colocada entre dos vicios opuestos, y el sendero que á ella conduce es tan estrecho y escabroso como el que rodea el cráter del Vesubio, descubriéndose á entrambos lados un profundo abismo.

La virtud consiste en un medio: y si esta máxima es antigua, tambien lo es la verdad; sin que su valor se menoscabe por ostentar indeleble el sello augusto de los siglos.

Las virtudes públicas, así como las privadas (mas enlazadas entre sí de lo que comunmente se imagina), están sujetas á la misma ley: pudiendo, si traspasan los debidos límites, ir á dar en extremos peligrosos. ¿Qué sentimiento mas noble que el amor á la patria, que ha merecido el nombre de santo, si es que alguna cosa puede merecerlo en la tierra? Pues la antigua Grecia, ensoberbecida con su ilustracion y cultura, miraba con sobrado desden y menosprecio á las demás naciones, reputándolas como *bárbaras*; y Roma, á su vez, creyéndose destinada á dominar el orbe, llegó casi á tocar con su triunfante diestra los límites del mundo; pero flaqueando los cimientos de su grandeza, al compás mismo que crecían sus conquistas, desplomóse el soberbio edificio, al rudo y fiero embate de los pueblos del Norte.

Lo propio que acabamos de indicar respecto del orden moral, puede sin temor afirmarse por lo tocante al orden político; siendo un hecho constante, atestiguado por la historia, que todos los gobiernos, cual mas, cual ménos, se debilitan y destruyen por dar demasiada latitud al principio mismo en que se fundan.

El gobierno absoluto, á fuerza de no encontrar obstáculos ni cortapisas, se cree omnipotente; y la historia de los últimos siglos nos demuestra, y con los mas insignes ejemplos, cuán ilusoria y vana es semejante creencia.

Cárlos V destruye en Villalar los fueros y libertades de Castilla; arroja despues á la nobleza de las Cortes del reino; se ve ceñida la frente con la corona imperial, soberano de cien Estados, dueño del Nuevo-Mundo, y parece que aspira á la dominacion universal; pero en sus postreros años se van desvaneciendo poco á poco sus ilusiones, como caen las hojas secas de un árbol, al aproximarse el invierno. No parece sino que, en el silencio y soledad del claustro, le anunciaba el corazon que aquella augusta dinastía, que brillaba como el sol en el ámbito del mundo, habia de acabar miserablemente, como una antorcha que se apaga, dejando solo humo.

Luis XIV, que alcanzó el dictado de Grande y dió nombre á su siglo, desdeña convocar los Estados generales, entra con un látigo en el parlamento, como para imponer su voluntad, y proclama desvanecido: «El Estado soy yo.»

Mas si la gloria dentro del reino y la victoria fuera de sus fronteras apoyan su poder y le elevan á la cumbre de la grandeza, hasta soñar á su vez erigirse en árbitro y señor de Europa, al cabo de algunos años se le muestra adversa la suerte; y ha menester toda la elevacion de su ánimo, para no mostrarse abatido y postrado bajo el peso de la adversidad; pobreza y miseria en el reino, persecuciones sangrientas, emigracion de mirares de familias útiles, desvelos y contrariedades; y al propio tiempo le vuelve la fortuna las espaldas en los Pampas de batalla, y el que se juzgaba dueño absoluto de la Francia, sometida ciegamente á su voluntad, desciende al regio panteon casi insultado por el pueblo su cadáver, aun tibio.

Siguiendo las huellas de uno y otro monarca, y merecedor á su vez del título de Grande, Napoleon apareció en el teatro del mundo á fines de la revolucion de Francia, exento de sus crímenes y partícipe de sus glorias. La ocasion no podia ser mas favorable: hallábanse desacreditados todos los partidos: se temia la resurreccion del antiguo régimen con sus privilegios y abusos; la tremenda imagen de la Convencion, no enjuta aun la sangre de sus víctimas, ponía grima y espanto; las riendas del Estado, que ella habia manejado con diestra ruda y vigorosa, se escapaban de las débiles manos del directorio, enflaquecido por la corrupcion y los vicios; y para colmo de desventura, la victoria abandonaba las banderas de la República, cuyas manchas habia cubierto bajo sus alas protectoras.

Tal era la situacion de la Francia, cuando Napoleon se apoderó de la suprema potestad; y con su genio portentoso com prendió las necesidades y deseos de la nacion, y trabajó con incansable afán por satisfacerlos. Procuró por todos medios la fusion de los partidos: abrió las puertas de la patria á la nobleza, emigrada ó

proscripta: reconcilió á la Iglesia de Francia con la Santa Sede, y levantó los altares que yacian envueltos entre escombros y ruinas; estableció concierto en la administracion, arreglo en la Hacienda, moralidad en el gobierno, y satisfizo la primera necesidad de los pueblos, despues de graves revueltas y trastornos: el orden y la tranquilidad.

Mas creyendo incompatible este principio con el disfrute de una libertad razonable, ahogó á esta bajo el peso de sus laureles; imaginando que á una nacion valiente y activa, le bastaria respirar el aura de la gloria, y no echó de ver las fatales consecuencias de su desatentada conducta.

Libre de todo freno, soñó á su vez dominar en Europa: destronó reyes, deshizo Estados, borró bajo su carro de triunfo límites y fronteras; y el mundo vió con asombro descollar un imperio gigante con la cabeza coronada á la márgen del Sena, y extendiendo sus brazos hasta las orillas del Escalda y del Tiber.

¿Mas en que vino á parar tanto poder y grandeza?... La Francia, desangrada y mal-contenta, dejó caer del solio al que en tan poca estima habia tenido su bienestar y sus derechos; la fortuna se cansó de seguir á su hijo predilecto: las naciones se levantaron, celosas de su independencia, y codiciosas de libertad, esperando recibirla de mano de sus príncipes; y Napoleon asombró al mundo con el estrépito de su caída. En vez del colosal imperio, se vió reducido á ostentarse soberano de una pequeña isla del Mediterráneo; y para mayor escarnio de la suerte, ó hablando con mas propiedad, para que fuese mas visible la expiacion decretada por la Providencia, el que no cabia en el mundo, se vió como vil juguete arrojado por el reflujó de la fortuna en una remotísima playa, para que apareciese aun mas pequeño en la inmensidad del Océano.

Pues si el abuso del poder reconcentrado en una sola mano, acarrea tantos males y peligros, aun mayores si cabe, produce el extremo opuesto, viéndose constantemente confundido por una tristísima experiencia que el exceso del despotismo suele acarrear las revoluciones, así como los excesos de estas engendran el despotismo: son como el nefando consorcio del pecado y de la muerte, bosquejado en su terrible deformidad por el valiente pincel de Milton.

Una cosa hay mas insufrible que el despotismo: la anarquía; así nada tan frecuente como ver á las naciones, aun las mas amantes de sus fueros y libertades, acogerse á aquel postrer asilo, cuando arrecian y se prolongan las tempestades políticas; porque el instinto de la propia conservacion tiene mas poder en el ánimo de los pueblos que todas las Constituciones del mundo.

Los que crean halagarlos, dándoles grados de libertad sin tasa ni mesura, se equivocan lastimosamente, y no tardará mucho un duro desengaño; pues, si bien se reflexiona, el exceso de la libertad la destruye, y no pueden disfrutarla unos, y esos en corto número, sino á costa de la libertad de los demás.

En la célebre revolucion de Francia se vió palpablemente cuan vano es el alarde de ciertos principios, por mas que lisonjeen las pasiones populares, y cuán distantes se hallan de corresponder á la realidad.

En la Constitucion de 1793 se ensancharon hasta la última linde las teorías en favor de los derechos del pueblo; no cabia ir mas allá, llevando aquellos legisladores el *contrato social* en la mano. ¿Y qué aconteció? La Constitucion apenas decretada, se encerró bajo siete candados; se estableció de hecho una dictadura tan pesada cual no se ha conocido otra semejante en el mundo; las acciones, las palabras, hasta los pensamientos, todo estaba sujeto á la mas dura servidumbre. La voluntad de unos pocos tiranos era la ley suprema, sus pasiones el código, su justicia el cadalso.

Aun cuando no hasta el mismo punto, lo propio se observa constantemente en diversos tiempos y naciones; porque no es obra del acaso, sino el resultado forzoso de principios inmutables, que rigen el orden moral político, sin que estén al alcance del hombre ni dependan de las circunstancias.

Si del terreno que acabamos de recorrer, aunque ligeramente, tan abundoso en graves reflexiones, pasamos á otro mas florido, cual es el de la amena literatura, tambien encontraremos que es útil no perder de vista la máxima que al principio anunciamos.

Ante todas cosas conviene advertir que no se trata de una materia de leve monta, como pudiera tal vez imaginarse; pues no sin razon los antiguos dieron á las bellas letras el nombre de *letras humanas*, por lo mucho que contribuyen á suavizar las costumbres y á desterrar la ferocidad de los pueblos.

Merced á su benéfico influjo, aparece ménos grave y adusto el aspecto de las ciencias, mas llano y deleitoso el camino que conduce á su templo, ellas ensanchan los límites del entendimiento, sueltan el vuelo á la imaginacion y se asemejan á las gracias que hermocean cuanto tocan. «El cultivo de las humanidades (decía el príncipe de los oradores romanos) es alimento de la juventud, solaz de la vejez, ornato en la suerte próspera, nos acompaña en los viajes, nos sigue al campo.»

Y si tenemos en la debida estima la gloria de las naciones, ¿qué cosa puede contribuir mas eficazmente á crearla y difundirla? No es fácil decidir qué contribuyó mas al renombre y gloria del reinado de Luis XIV: las letras ó las armas. Lo que desde luego puede afirmarse es que ha durado por largo tiempo el influjo de su literatura en las naciones cultas de Europa, y que ha contribuido no poco (por mas extraño que parezca) á sostener y ensanchar el predominio de la Francia, no

solo en el campo de las letras, sino en otros de mayor trascendencia.

En épocas mas remotas, vimos en nuestra España coincidir tambien la era de nuestras glorias y conquistas con el Siglo de oro de nuestra literatura, y la hermosa habla de Cervantes, hoy dia tan abatida y malparada, lozana y sin rivales campeando en Europa; como si hasta el imperio de las lenguas estuviese sujeto á seguir los vaivenes de la ciega fortuna.

Mucho se han trocado los tiempos: mas no por eso debe considerarse como de escaso valor el cultivo de las bellas letras; siendo aun mas necesario, en épocas de agitacion y de trastornos, cuidar de que no se adulteren y prostituyan. El exceso de la libertad suele ahogarlas, no ménos que al hombre, que no puede respirar con desahogo en las entrañas de la tierra, ni cuando se remonta demasiado en los aires.

Por mas que aparezcan las obras literarias como de mero solaz y entretenimiento, no debe perderse de vista que ejercen un grandísimo influjo; y que este no puede ménos de ser funesto, si aquella pura fuente se enturbia y se corrompe. Las máximas perniciosas, de cualquier modo que se infiltren en el ánimo, tienden á pervertir el entendimiento y á estragar la voluntad: de la cabeza bajan al corazon; la distancia es breve y nuestras pasiones la acortan.

Mas de un ejemplo de esta verdad hemos visto en la culta Francia: siendo palpable la influencia que han tenido en ella obras irreligiosas ó inmorales, que halagando las malas pasiones del pueblo, le extraviaron lastimosamente, llegando á poner en peligro hasta las bases mismas en que descansa la sociedad.

Hay una cosa digna de notarse para que no quede linaje alguno de excusa á tan culpables extravíos; y es que ni siquiera sirven para perfeccionar el arte. ¿Qué obras enriquecieron el tesoro literario de Francia, durante la primera revolucion? Ninguna que pueda compararse con las obras maestras del siglo XVII: solo produjo algunas tragedias de escaso mérito, muertas apenas nacidas, y una que otra composicion, como las del malogrado Chénier, cuyos versos han adquirido tal vez mas celebridad por el fin desastroso del poeta.

Pues si estéril se mostró aquella revolucion, no se ha ostentado mas fecunda en frutos del ingenio la que recientemente conmovió aquel Estado. No será fácil citar un solo monumento levantado en aquel suelo estremecido, que ofrezca ni la mas remota esperanza de llegar á la posteridad. El brillo que han arrojado algunas obras no es como la luz apacible del sol, que alumbrá el cielo y fecunda la tierra; sino un relámpago fugaz, que rasga el seno de la nube, para que resalte despues mas profunda la oscuridad. No parece sino que la mano de Dios, para aviso y leccion á los hombres, condena á la esterilidad el campo en que se han arrojado profundamente semillas de corrupcion; por mas que nazcan en él algunas flores, de hermosa vista, pero cuyo olor da la muerte.

Evitar tan graves riesgos y enriquecer el ánimo de los jóvenes con útiles conocimientos, fundados en la sólida base de la religion y de la moral, debe ser el principal objeto de la enseñanza; y por lo tanto son acreedores á la mas alta estima los que ejercen esa especie de sacerdocio. En manos de los maestros se encuentra, como un sagrado depósito, el mas rico tesoro: los jóvenes les confían sus generosos sentimientos, los padres de familia la salud ó perdicion de sus hijos, su porvenir y esperanzas la patria.

Bien persuadidos se hallan de esta verdad los que, con el celo mas noble y desinteresado, se aprestan á enseñar en este liceo varios ramos del saber, contribuyendo por su parte á despertar la aficion de los jóvenes á estudios serios, necesarios algunos, útiles todos, ninguno peligroso.

Afortunadamente el campo en que se cultivan los conocimientos humanos, debe ser un terreno neutral, cerrado á la lucha de los partidos políticos; debe ser como la region altísima de los Alpes, donde suele ver el viajero el cielo despejado y apiñarse á sus piés las nubes y estallar las tormentas.

Y vosotros, jóvenes aplicados (que bien merecen este nombre los que, sin mas estímulo que el amor al saber, dedican á estos graves estudios sus ocios y honestas recreaciones), emprended con fe ardiente la senda que conduce al término de vuestros deseos.

Ni el clarísimo entendimiento ni las ricas dotes naturales, que os dispensara el cielo, bastan á conseguirlo si no vienen en su ayuda la aplicacion y el trabajo; que solo con el sudor de la frente se cogen los frutos en la tierra.

Todo astro quo se levanta encuentra lisonjeros, y la juventud no está exenta de ese achaque comun; tanto mas peligroso cuanto mas encubierto. Desconfiad de los que os infundan sobrada seguridad en vuestras propias fuerzas; desconfiad igualmente de los que os aconsejan tener en poco las lecciones de la agena experiencia.

Si de nada sirviesen, pudieran quemarse sin gran pena todas las obras de historia que contienen las bibliotecas, no seria menester llevar en las largas peregrinaciones conductor ó guia, ni derrotero en los bajeles, para saber al ménos los escollos en que otros hayan naufragado.

Escuchad una voz amiga que se ensayó enseñando á otros jóvenes como vosotros, y mostrándoles el sendero del saber y de la virtud; una voz sincera y leal que siempre ha dicho la verdad, fuese ó no grata, así en la prosperidad como en el infortunio, lo mismo en los comienos populares que en el alcázar de los reyes.

Revista de Paris.

Un aficionado á música antigua imaginó reunir el domingo último en su casa á una porción de ejecutantes para darse á sí mismo la satisfacción de un concierto *intra muros*, esto es, en la sala de su casa, en presencia de varios amigos inteligentes. Con este fin, escribió una carta previamente á uno de los maestros de canto de la Opera con quien se hallaba en buenas relaciones, suplicándole que tuviera la bondad de convidar á comer en su casa á cierto número de sus mejores coristas, con la condición de que despues de la comida habian de tomar parte en la ejecución de algunas piezas musicales del género clásico.

El maestro de canto aceptó la proposición, y se encargó de arreglar el negocio. La perspectiva de la comida, aunque fuera cuestión de simple urbanidad, allanaba de antemano casi todos los obstáculos. Los artistas, digan lo que quieran, no son mas comiloneros que los demás hombres, pero tampoco lo son ménos, y si la comida ha ejercido en todo tiempo un imperio tan grande en las altas esferas de la sociedad, ¿porqué se ha de pretender que en las del arte su prestigio sea nulo y sin ningun efecto?

Efectivamente, en el día designado, el maestro de canto se fué á casa del que daba el convite, escoltado ó seguido de unos veinte coristas de lo mas selecto. Sentáronse á la mesa con los instrumentistas que eran pocos, los indispensables para acompañar el canto; pero contra la esperanza universal, la comida fué pobre, muy pobre; el puchero, un plato de carne, pescado frito, un asado con su ensalada, postres escasos, y vino, café y licores sin ninguna abundancia.

Como es de suponer, los convidados no se hallaban en el colmo del gozo; nadie necesitaba moderar los ímpetus de su hilaridad, ni poner un freno á sus salidas. Durante aquella comida de anacoretas no cesó de reinar un instante el mas profundo silencio. Únicamente, de cuando en cuando los artistas se tocaban con el codo para manifestarse mutuamente el asombro que aquel triste convite les causaba. Al levantarse de la mesa muchos coristas rodearon al maestro de canto, editor responsable en aquella circunstancia, pero este, comprendiendo *softo vocce*, combatió con una mirada llena de dignidad aquella sublevarción naciente. Su responsabilidad comprometida bajo el punto de vista gastronómico, no entendía inmolarse bajo el punto de vista musical y artístico; habia padecido como los demás, pero no por eso se creía dispensado de guiar bien los coros, y por consiguiente no queria dispensar á los otros de que los cantaran como se debía.

La casa estaba ya llena de convidados al concierto. La ejecución principió, y en justicia es preciso decir que fué admirable de precisión, de vigor y de igualdad; no se perdió una nota, no se olvidó una sola entonación de los sublimes cantos de Mozart y de Haydn. Así sucedió que por todas partes estallaron salvos de aplausos sobre los ejecutantes y el maestro; hicieronle mil elogios, los elevaron á las nubes; jamás se habia oido en el Conservatorio una ejecución semejante. Los artistas recibían estas alabanzas á quema ropa con la misma sangre fría y la misma impasibilidad que los soldados del ejército aliado soportan en la Crimea las balas de los rusos: sus rostros estaban frios, contraídos, austeros, en tanto que las fisonomías de los concurrentes se hallaban radiantes.

A eso de las diez de la noche sacaron el té, lo que fué para ellos el golpe de gracia. La comida no necesitaba por cierto aquel digestivo; hacia horas que se habia evaporado ya, que habia pasado al estado de quimera. El aspecto del líquido caliente y del humo que exhalaba produjo el efecto de un insulto, ó á lo ménos de una amarga ironía. El maestro de canto comprendió que por su honor debía tocar la retirada, si no queria que se introdujera la desercion en sus filas, ó que los mas atrevidos le negasen terminantemente sus servicios.

Ya iba á tomar en silencio su sombrero, cuando el hermano político del dueño de la casa que habia presenciado la comida y el concierto, le detuvo de repente por el brazo y le dijo al oido:

— Suplico á Vd., caballero, que me oiga dos palabras ántes de separarnos.

— Hable Vd., señor mio.

— Mi hermano político es un hombre ruin y miserable...

— Caballero...

— Dispéñeme Vd. los términos de que me valgo... es un hombre que no sabe tratar á los artistas. Todos Vds. se han conducido como unos héroes, y Vd. es el que ha dado el ejemplo, pero por el honor de la familia, ya conoce Vd. que les debo un desquite: Vd. verá si soy yo digno de recibir en mi casa personas como Vd. y sus amigos.

— Tanta bondad...

— No tema Vd. comprometerse; hable Vd. en mi nombre, asegure Vd. lo que vale mi palabra; les espero á Vds. el juéves próximo á las seis, calle tal, número tantos. ¿Puedo contar con Vd.?

— Cuente Vd., caballero.

— Pues hasta el juéves.

El lenguaje de la verdad es como el acento del corazón, interesa, persuade, arrastra; tan imposible es fingirle como el poder resistir á su acento. El último juéves, pues, toda la banda de artistas acudió á la cita en casa del otro, y en presencia del hombre generoso del domingo; ¡pero qué diferencia entre las dos comidas! La una habia sido una comida de cuaresma, y la otra era un festin de Baltasar, unas bodas de Camacho, un verdadero banquete. Las finas ostras de Ostende, los pescados enormes, los manjares exquisitos, los vinos tintos y blancos, sobre todo el champaña, fueron prodigados con una liberalidad sin ejemplo, y á cada aparición de un nuevo plato, de una botella virgen todavía, se oían exclamaciones, bravos, brándis á la salud del dueño de la casa, sin olvidar á su hermano político de quien se vengaban glorificando aquella comida sustanciosa y á su espléndido autor.

— Muchachos, ¿qué decís ahora? preguntó despues de la co-

mida el maestro de coros á su gente; me parece que hoy no tendréis que quejaros, y que la indemnización ha sido completa.

— Sí, sí, respondieron todos.

— Pues bien, ahora nos toca á nosotros no ser ingratos; vamos á cantar como es debido.

También aquella noche habia muchos convidados al concierto: el maestro se sentó al piano, para dar la señal, ántes de que nadie le hubiera invitado á que lo hiciera, y preludió con mano atrevida, aunque ménos segura que de ordinario. Llamó en torno suyo á músicos y coristas, dió mil patadas, pero muchos ejecutantes entraron en el coro á contratiempo; volvieron á comenzar, igual fenómeno. Algunos se habian equivocado en los papeles, y cantaban música de Palestrina, en tanto que otros entonaban música de Händel. El maestro se incomodó, pero su cólera excitó sendas careajadas; entónces se levantó furioso y fué mucho peor, pues hubo coristas bastante insolentes para entonar en sus barbas una canción de taberna.

Viendo esto, el dueño de la casa se presentó para calmar la indignación crecienta del artista cuya calidad de jefe no respetaban ya sus subordinados, y para prevenir mediante su intervención las consecuencias de aquella relajación de la disciplina.

Al cabo llegaron todos á calmarse, y dada de nuevo la señal, principió la pieza y salió como pudo; algunos cantantes se quejaban de una súbita extinción de voz, pero la mayor parte de ellos sostenían que una niebla espesa les impedía el leer con claridad las notas. El hecho es que la comida habia perjudicado muchísimo á la música; el maestro de canto lo llegó á notar personalmente, y desde este momento dejó de incomodarse, tomó el lance como hombre de experiencia, en lo que valia, aunque sin embargo se quiso disculpar con los concurrentes, y he aquí su improvisación, que puso fin á la fiesta:

— Señoras y caballeros: siento mucho que la función de esta noche no pueda ejecutarse por una indisposición general de la compañía... sin embargo, la enfermedad no es de peligro; no es culpa nuestra si hemos usado y abusado de una hospitalidad digna de los tiempos antiguos. Sí, señor, (y al decir esto se volvía hácia el dueño de la casa) nos ha tratado Vd. de un modo regio, pero todo puede arreglarse, y en adelante cuando queramos comer bien, vendrémos á su casa de Vd., pero cuando queramos ejecutar bien un concierto, irémos á casa de su hermano político.

Un parisiense amigo de aventuras extraordinarias acaba de hacer un viaje en globo por los horizontes de la Bélgica, y ha escrito en estilo familiar la siguiente narración de lo acaecido:

« Bruselas 25 de noviembre.

» Mi querido N...:

» Acabo de llegar á Bruselas, y ántes de descansar quiero decirte que me cuento aun entre los habitantes de este mundo, para que no te inspire el menor cuidado mi paradero. He hecho un viaje soberbio y único, segun dicen en los anales de la aerostacion, puesto que hemos tocado la tierra dos veces en nuestra travesía. Ya te contaré todos los pormenores á mi llegada á Paris cuando arreglemos los cálculos y pueda yo saber exactamente cuál ha sido la altura á que nos hemos elevado. Ya sabes que no abrigó pretensiones de hombre científico ni de literato; pero te juro que cuando cruzaba por los aires me sentía muy diferente de lo que soy en la tierra; me parece que habria hallado en mí una elocuencia inusitada: mi alma se desarrollaba por decirlo así; sentía mas por la inteligencia que por los sentidos; pero ya te hablaré de todo esto mas despacio.

» Nueve horas empleamos para ir de Paris á Spa, habiendo perdido gas en nuestras dos estaciones; mas de dos horas hemos estado quietos en un mismo punto por falta de aire, y para mí está demostrado ahora que se logrará resolver el problema de dar dirección á los globos; lo creo firmemente, creo que se emprenderán con buen éxito viajes largos, para lo cual solo se necesita una locomotora adaptable al globo, y un hombre dotado de bastante valor para arriesgarse á dar el primer paso. Y ya que hablo de valor, debo decirte que el de M. G... merece las mayores alabanzas; es imposible desplegar mas sangre fría y destreza; todavía estoy maravillado.

» Habia oido decir que G... se turbaba un poco, cuando por el contrario le he visto constantemente sosegado, tranquilo y exento de toda clase de temores. Yo he podido juzgar mejor que nadie sobre este punto, pues hemos tenido algunos incidentes, que hasta hoy nunca se le habian presentado, á causa de la longitud de nuestra excursión y de las paradas que hemos hecho.

» He aquí en dos palabras nuestro itinerario:

» Salimos del Campo de Marte de Paris el juéves último, y no tardamos en descubrir delante de nosotros el mas asombroso panorama. Mis compañeros de viaje eran el conde A. de P..., uno de los amigos que tú no conoces, y su señora, que es una de las mujeres mas bonitas de la Francia. Hasta Soissons donde bajamos por la primera vez, y donde mis compañeros me dejaron, nuestro viaje fué un encanto; reímos, cantamos, comimos y miramos; la alegría francesa llegó á su último extremo. El valor, y aun mas diré, la temeridad de nuestro guía M. G..., su alegría y su gracia, nos hicieron olvidar los peligros á que nos exponíamos con tanto gozo.

» En Soissons cenamos, y despues de haber dado un apretón de manos á mis compañeros, subí otra vez á las nubes á eso de las cuatro y media de la mañana para poder disfrutar del espectáculo de la aurora; el tiempo, aunque frío, estaba muy hermoso y despejado. Pero allí principieron las impresiones mas punzantes y peligrosas, allí tomé de veras por lo serio la experiencia que hasta entónces me habia parecido una diversión y no otra cosa.

» Yo arrojé algo de lastre sin que lo supiera nuestro intrépido conductor; el globo se elevó con una rapidez inaudita, y esto sucedió dos veces. G... el mayor, se puso malo; su hermano se sintió acometido de vértigos, y para disiparlos, se

durmió con tanta tranquilidad como si se hallara en la cama de su alcoba; yo experimenté un gran dolor de cabeza, y aun hoy me encuentro un poco sordo. Nos encontramos en una atmósfera tan enrarecida, que empezó á escaparse el gas por la abertura de abajo como un humo negro, y el globo comenzó á crujir de una manera muy poco agradable. En aquel momento nuestra situación era en extremo peligrosa; pensamos en bajar, y entónces la gravedad del peligro se aumentó; ya creía que no volveríamos á vernos nunca. Estaba viendo toda la cordillera de los Alpes, pero este espectáculo sorprendente no me consolaba. Lo que entónces nos sucedió seria muy largo de contar; ya te lo diré á mi vuelta.

» No sabiendo donde nos hallabamos, bajamos cerca de las fronteras de la Bélgica sobre las cabezas de cuatro aduaneros armados que no tuvieron por conveniente registrarnos, y allí nos informamos de nuestro camino.

» El alcalde del pueblo nos extendió un certificado, y nos dijo que el viento nos llevaría hácia Bruselas; por tercera vez subimos al espacio para llegar al camino de hierro, lo que confieso fué una idea extravagante.

» Pero habíamos contado sin el viento que nos arrastró por otra dirección, y allí nos elevamos de nuevo á una altura inaudita, hasta que al cabo tocamos la tierra cerca de Spa, para tomar desde allí el camino de hierro. Mucho, muchísimo tendria que decirte ahora; sabrias las cosas mas interesantes é inesperadas desconocidas en la tierra, y que solo conocen los espíritus del aire. ¡Dios mio! ¡qué viaje mas hermoso!... ¡y qué placer tan grande se experimenta cuando se cuentan sus peripecias á pié firme!

» Pronto nos verémos.

» J. M. »

Todos los periódicos de Paris han dado cuenta á sus lectores de un triste acontecimiento, acompañado de circunstancias extraordinarias. Parece ser que hace pocos días llegó á Ruan procedente de Paris un hombre de unos treinta años vestido con mucha elegancia, y acompañado de una jóven vestida también á la última moda. Apénas habia saltado al desembarcadero del ferro-carril, cuando principió á sentirse malo; le hicieron sentar, y en breve se manifestaron en él de un modo espantoso todos los síntomas de un envenenamiento: al punto le transportaron á una fonda, pero á pesar de todos los cuidados que le prodigaron, no tardó en espirar padeciendo horriblemente.

En presencia de aquel cadáver cuyo rostro muy luego se cubrió de manchas cárdenas, principieron á circular las palabras de crimen y de veneno. Buscaron á la señora que acompañaba al viajero, pero habia desaparecido, y todas cuantas tentativas hicieron para encontrarla fueron vanas. La justicia se puso en movimiento, y se principió inmediatamente un sumario.

Registrando los vestidos del difunto, encontraron una gran cantidad de medallones con retratos de mujeres, anillos, caballos y otra porción de objetos por el estilo. Su cartera contenía un crecido número de billetes perlumados, de una letra femenina, y relativos á diferentes intrigas amorosas urdidas en distintos períodos, desde la primera confesion hasta el rompimiento definitivo. Entre todas aquellas epístolas solo habia una con las señas de la persona que la habia escrito.

El alcalde de Ruan escribió á la prefectura de policía dando parte de todo lo ocurrido, y pidiendo informes sobre el individuo á quien creían víctima de un envenenamiento, y sobre la señora que le acompañaba; al propio tiempo enviaba el billete con las señas que podria quizá ser el hilo de los descubrimientos.

La noticia de esta muerte trágica se habia difundido por Paris, y todo el mundo hablaba del personaje, notable por la nobleza de su exterior, por el encanto de sus facciones y por la rara distinción de sus modales, que habia sucumbido de aquella manera fatal y repentina. Por esta circunstancia sucedió que el alcalde de Ruan hubo de recibir en pocos días una enorme cantidad de cartas escritas por mujeres de diferentes condiciones sociales, todas ellas reputadas como hermosas, y que reclamaban á ese nuevo Don Juan con expresiones de un dolor inconsolable. Cada una de ellas le daba un nombre distinto, de modo que la incertidumbre y la confusión se aumentaron mas y mas con aquellos mensajes.

Por fin encontraron á la que habia puesto las señas en su carta, pero esta le conocia también con un nombre distinto.

Hallábanse así las cosas cuando la autopsia y las declaraciones de los médicos han venido á quitar al suceso su carácter judicial, probando de un modo cierto que ese Lovelace desconocido ha muerto de un ataque de cólera bien caracterizado, cuyos síntomas fueron probablemente la única causa de la fuga de su compañera. Si de aquí á pocos días no se encuentra medio de reconocer su identidad, se enterrará oscuramente al difunto galán, que despues de haber tenido tantos nombres, se encuentra hoy sin uno solo que llevar al sepulcro.

MARIANO URRABIETA.

Vistas, escenas y episodios referentes á la campaña de Crimea.

A continuación damos varios dibujos que nos llegan del teatro de la guerra, y que igualmente que los que se encuentran en la página 382 de este número, se explican suficientemente por sí mismos. Sin embargo, con el dibujo que encabeza la página siguiente, y que representa el monasterio de San Jorge, hemos recibido las siguientes líneas de que no queremos privar á nuestros lectores.

El cabo Quersoneso, cerca del cual se encuentra la bahía de Kamiesk, donde se desembarcó el material de artillería, no es mas que una punta de tierra árida y desierta, y al ver su suelo pedregoso, casi por todas partes, se pregunta uno, como los habitantes de Iber-

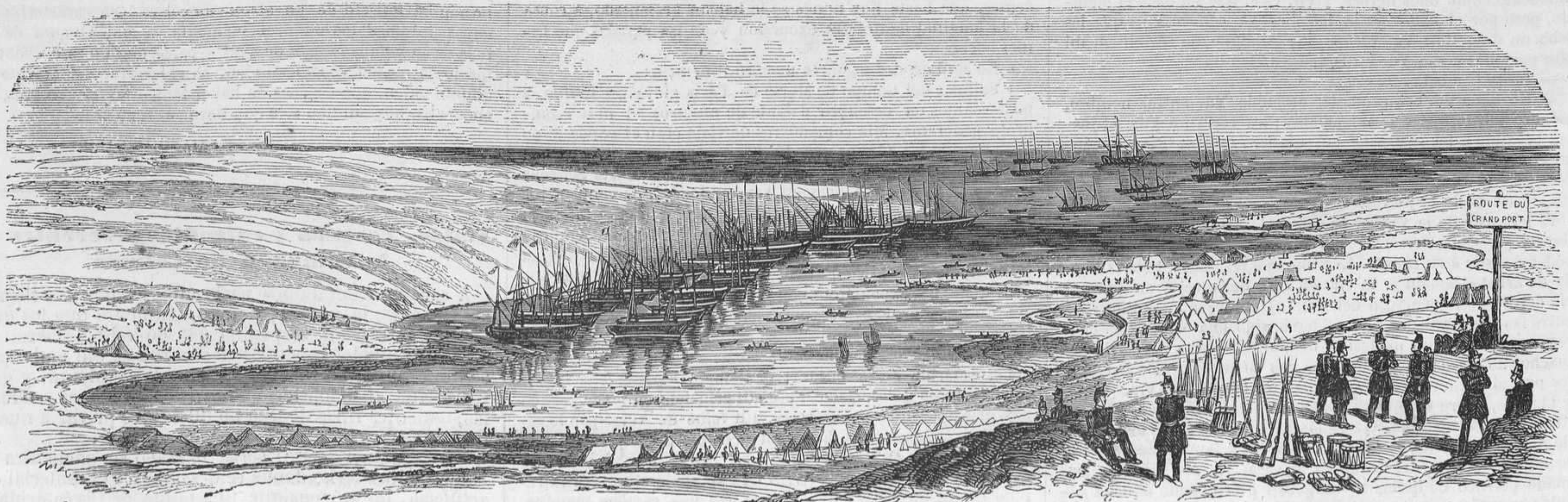


Monasterio de San Jorge, cerca de Sebastopol.

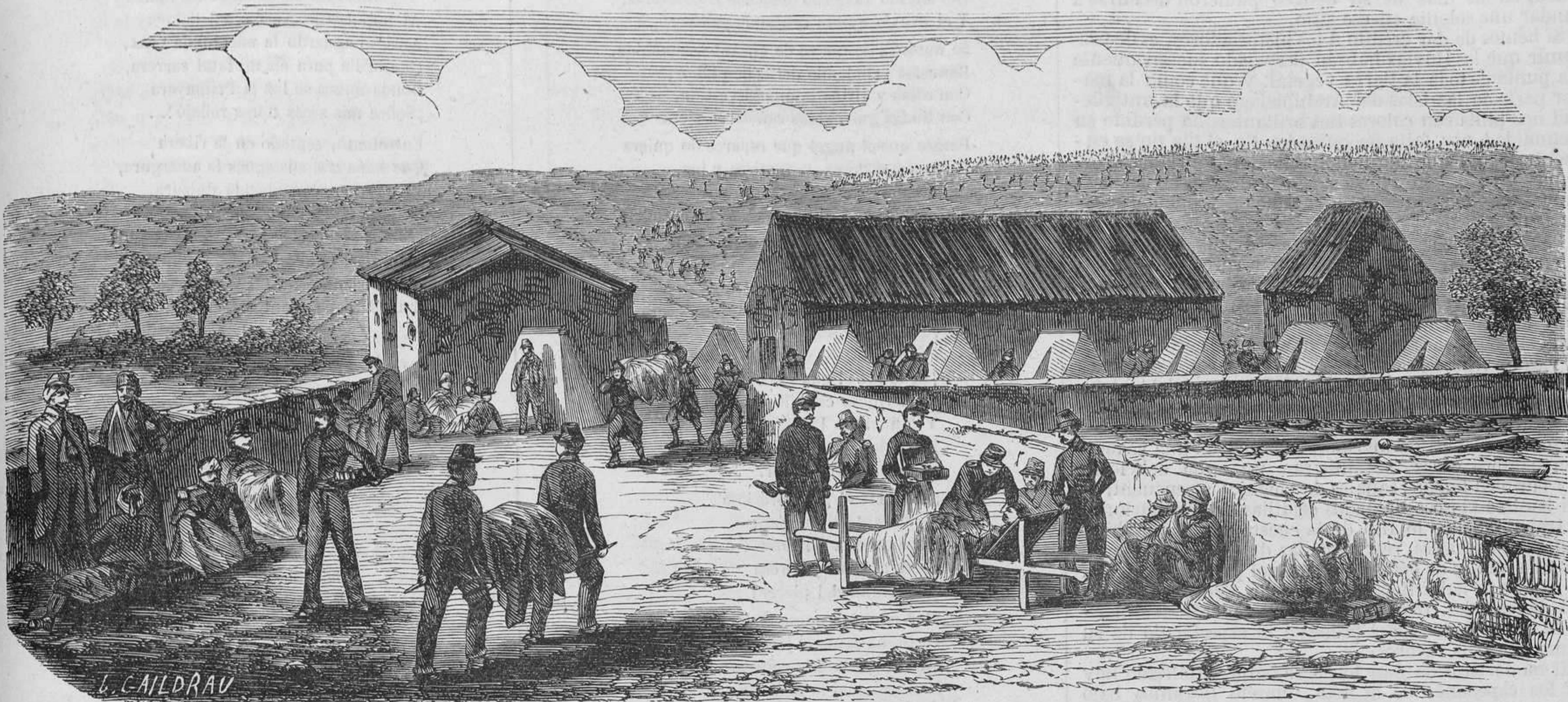


J.A. BEAUCE

Puesto avanzado de cazadores detrás de un antiguo túmulo que domina Sebastopol al Sudoeste. y expuesto á una lluvia incesante de bombas y de granadas.



Vista general de la bahía de Kamiesh, tomada desde las alturas.



Hospital ambulante de las divisiones 4ª y 5ª.



Un episodio en el hospital ambulante.



Cuartel general de la 4ª division, mandada por el general Forey

culea, en los días de su apogeo pudieron decidirse á fundar una colonia en ese sitio.

Si hemos de dar crédito á los historiadores, es de presumir que las lluvias habrán despejado sucesivamente esa punta de toda la tierra vegetal, y que como la mayor parte de las islas del Archipiélago que la antigüedad nos pinta con colores tan brillantes, ha perdido su fecundidad por falta de cuidado. En el día no se encuentran mas que algunas habitaciones aisladas y algunas huertas con viñedos. Sin embargo, en los barrancos hay todavía alguna vegetación y buenos árboles frutales.

Por triste que sea una comarca, es muy raro que no se encuentre en ella algun rincón favorecido de la naturaleza; aquí este lugar privilegiado pertenece á unos frailes caritativos que viven de limosnas. Su encantadora habitación se llama *Monasterio de S. Jorge*, que se halla situado sobre lo alto de una cuesta poco pendiente, rica de vegetación y que baja á la mar por entre dos rocas cortadas á pico. La disposición natural del terreno se halla utilizada con mucho arte; se han construido fuertes muros para sostener las azoteas y las huertas; hermosas fuentes de mármol, rodeadas de una vegetación siempre verde, suministran un agua deliciosa; hay tambien buenos canales de riego, y se encuentran allí bonitos kioscos llamados celdillas de meditación y de trabajo. Sobre lo alto de la cuesta están las habitaciones de los frailes, resguardadas del frío del invierno por una roca, y de los ardores del sol por unos árboles. La capilla se halla llena de donativos debidos á la piedad de los fieles. Desde allí la vista se pierde en el horizonte sobre la mar que presenta el espectáculo de su calma ó de sus furiosos.

El monasterio de San Jorge se halla habilitado hoy por los capellanes de la flota. Cuando llegamos bajo Sebastopol, algunas familias rusas buscaron un refugio en el monasterio que habia sido respetado, y para no disminuir los recursos de este establecimiento, el general en jefe mandó distribuir víveres á los desgraciados habitantes, cuyas casas habian sido incendiadas por los cosacos.

La Primavera y las Lilas.

PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA A. DE F. M.

O, delicioso tiempo,
Tiempo el mas genial y mas humano,
Que otro alguno que da el volver del cielo!
O cual número y cuánto trae de flores!
O cual admiración en sus colores!

RIOJA.

Louis, voici le temps de respirer les roses,
Et d'ouvrir bruyamment les vitres longtemps closes,
Le temps d'admirer en rêvant
Tout ce que la nature a de beautés divines
Qui flottent sur les monts, les bois et les ravines
Avec l'onde, l'ombre et le vent!

VICTOR HUGO. — *Avril. — Les Voix intérieures*

I.

Espárese sus rayos el sol por do quiera
Sin velo que entolde su puro fulgor;
Se cubre de alfombras la grata pradera;
El árbol ostenta su nuevo esplendor.

Cesó del invierno la influencia penosa;
El cielo su luto cesó de mostrar;
En vez de los vientos, el aura amorosa,
Del lirio en el cáliz se viene á posar.

Los campos, de nuevo, se visten de gala —
Con bellos estambres renace la flor;
El aire se impregna de aromas que exhala
El genio del prado radiante de amor.

Parece que entona la límpida fuente
Celestes cantares de paz y de fe:
Las duras prisiones de hielo inclemente,
No teme que entraben su libre correr;

Y besa, á su paso, de amor hechizada
La bella corola de blanco alelí;
Y guardan sus linfas la luz proyectada
De un cielo brillante de grana y zafir.

Trinando las aves elevan su vuelo,
Y, alegres, sus himnos tributan á Dios, —
Pues miran sus nidos so el plácido velo
Del verde ramaje que el árbol vistió.

Do quier se respira la grata ambrosía
Que exhala en los valles el cándido azahar;
La alondra deleita con dulce armonía —
En calma se miran las olas del mar.

Cual vírgen que flora ventura perdida,
Perdidos amores, amada ilusión;
Y presto recobra su prenda querida,
Y vuelve á su pecho la paz y el amor: —

Así la natura que triste miraba
Sus flores marchitas, sin gala, sin luz;
Y yermos sus prados que un sol alumbraba
Cubriendo su disco con pardo capuz; —

Al ver á sus campos con verdes alfombras,
Cubierto de flores su bello pensil;

Del frígido Invierno desechas las sombras,
Y el ave do quiera cantando gentil:

Se muestra de nuevo de encantos henchida,
Remedos brindando del célico Eden;
Con rosas y lirios pomposa vestida, —
Con lindas guirnaldas ceñida su sien.

Parece que el ángel que espárese do quiera
Perfumes y flores — matices y luz,
De ausencia penosa radiante volviera,
Con nuevos encantos, con mas juventud.

Mas ántes que vuelva la tierra á cubrirse,
De nuevos hechizos, de lindo color,
Los valles, los prados yo miro vestirse
Con galas que ostenta la adénica flor: —

II.

¡Es la LILA! que hechicera
Su hermoso capullo abrió,
Y anuncia la Primavera,
Espárciendo en la pradera
De su cáliz grato olor.

¡Es la LILA! ¡flor preciosa
De encantado rosicler;
Cuya esencia deliciosa
Lleva al alma pesarosa
El perfume del placer!

Flor modesta que engalana
La breña como el jardín;
Flor de existencia temprana,
Hermosa cual la mañana,
Sonrisa de serafín.

¡Es la LILA! grata flor,
Imágen de la Esperanza,
Cuyo fulgido color
Nos dibuja en lontananza
Dulces ensueños de amor!

III.

Cada vez que aparece la LILA
Anunciando feliz Primavera, —
De la vida la flor hechicera
Va perdiendo sus hojas, su olor;
Cada vez que natura se viste
Con su rica, su espléndida gala,
Un suspiro del pecho se exhala,
¡Pues un año de vida voló!...

IV.

Porque así hora tras hora
Los años vuelan de la breve vida;
Y así se descolora
Esa fulgente aurora
¡Que luz prestaba á la ilusión querida!...

V.

La LILA remeda bien
De la vida los ensueños: —
Los colores del Eden,
Solo un instante risueños
En su corola se ven.
Cual la esperanza amorosa
Luce la LILA fugaz;
Breve cual la dicha hermosa,
Un momento da solaz
Con su esencia deliciosa.

VI.

Hay una flor, mas que LILA delicada,
Que al hombre anuncia eterna Primavera,
Y un sol cuya radiante cabellera
Un mundo alumbraba de ventura y paz;
Es una flor que término promete
Para el rígido invierno de las penas;
¡Flor cuyo aroma vierte en nuestras venas
Grato beleño, plácido solaz!
Flor descendida del jardín del cielo
Para calmar el delirante pecho;
Y que dicha derrama en nuestro lecho,
Quietud y amor llevando al corazón: —
Es la flor que acompaña á la Esperanza,
Cuyo cáliz consuelos atesora;
¡Hermosa flor que el porvenir decora,
Y ofrece del Eden la posesión!
Es la FÉ... flor de aromas exquisitos,
Cuyo fulgor alumbraba en lontananza
Un mundo inmenso de eterna bonanza, —
¡De paz y dicha — amor y caridad!
Flor que marchita el viento de la duda,
Pero que el llanto del dolor revive;
Cuya sabia del mismo Dios recibe,
Y que infunde en los pechos la piedad.

VII.

Yo, que he visto agitada mi existencia
Por el ronco huracán de los pesares,

Y perdida mi barca entre los mares
Al impulso del Austro del dolor:
Ansioso aguardo la encantada LILA,
Que brille pura en mi fatal carrera,
Donde nunca su luz la Primavera
¡Sobre mis secas flores reflejó!...

Entretanto, sentado en la ribera
Que baña con sus aguas la amargura,
Miro crecer, con plácida dulzura,
La LILA encantadora en tu jardín: —
¡Jamás se lleve su perfume el viento!
¡Jamás su tallo azote el torbellino!
¡Brille siempre la LILA en tu camino,
Cuidada por radiante serafín!...

J. M. TORRES CAICEDO.

El Otoño.

Á MI SEÑORA DOÑA M. J. P. DE M.:

But see the fading many-colour'd woods,
Shade deep'ning over shade, the country round
In brown; crowded umbrage, dusk, and dim,
Of every hue, from wan declining green
To sooty dark.

THOMSON'S SEASONS,

Oui, dans ces jours d'automne où la nature expire,
A ces regards voilés je trouve plus d'attraits,
C'est l'adieu d'un ami, c'est le dernier sourire
Des lèvres que la mort va fermer pour jamais.

LAMARTINE. — *L'Automne.*

I.

Es el tiempo en que el sol sobre la esfera
Lanza lánguidos rayos
Anunciando á la flor en la pradera
Sus próximos desmayos.
Antes cual fragua inmensa se extendía
Cuando al cenit tocaba;
Sobre el suelo sus hebras desprendía,
Y el suelo retostaba.
Hoy apenas sus lánguidos reflejos
Entibian nuestra frente,
Sin calentar los fúlgidos espejos
De linfa trasparente.
Amante eterno de inconstante dama,
Ella en su torno gira: —
Tan pronto, tierna, abrázase en su llama,
Tan pronto se retira;
Y al retirarse mira desgarrada
Su rica vestidura, —
Tristes sus valles, yerma y marchitada
Su alfombra de verdura.
¡Ya no hay calor! ¡Perfumes, gayas flores
Atrás, atrás quedaron!
¡Se acabó la estación de los amores: —
Los céfiros callaron!...

II.

Ved, señora, las nubes caprichosas,
Legiones de fantasmas semejando,
Cruzan el cielo densas, vaporosas,
Sobre la esfera su crespon soltando;
Cesaron las mañanas deliciosas
Que el trovador cantaba delirando;
Cesaron ya del campo los festines,
Y el amor que vagaba en los jardines,
El astro que temprano despertaba
Cortejado de ráfagas divinas,
Y al que la flor amante regalaba
Con su aroma, con cantos las Ondinas,
No lucha con la noche que se acaba,
Y tarde nace envuelto entre neblinas:
Parece que huye léjes de la tierra,
Y que la fuente de su amor le cierra.
Solo en la tarde luce por instantes
Con débil brillo, con calor incierto;
Y á su paso las nubes rutilantes
Lo empujan de Occidente por el puerto;
No dura ya el crepúsculo cual ántes,
Deja á las sombras todo campo abierto;
Recogiendo su blonda cabellera,
Sin una hebra olvidar sobre la esfera.
Al sumirse la luz tras la alta cumbre,
La noche tiende su enlutado manto,
Sin que aparezca la bendita lumbre
De la vírgen que enguja nuestro llanto;
Y á cuya casta faz, con dulcedumbre,
El bardo alzaba su armonioso canto: —
El faro celestial de los amores,
No espárese ya sus fúlgidos colores.
Entre cendales de mortal tristeza
Yerta la tierra yace adormitada;
No alumbraba ya la pálida belleza,
Antes de mil luceros cortejada: —
Guardó su brillantéz y su grandeza,
Y entre nubes informes sepultada,

Ni oye el ¡ay! del amante que suspira,
Ni el triste acorde de enlutada lira.

III.

¿Qué se hicieron las auras voladores
Que en el valle la flor agasajaban?
¿Qué se hicieron las brisas silbadoras
Que en torno de las palmas se agitaban?
¿No se escucha el murmurio de la fuente,
Ni de los bosques el ligero ambiente?
¿Dónde están los parleros ruiseñores,
La triste alondra, y mira enamorada?
¿Qué se hicieron de Abril las gayas flores,
Del verano maceta perfumada?

— Mirad, señora, con fragor el viento
Agita de la selva el cortinaje;
E impeliendo á los árboles violento,
Desviste de sus hojas el ramaje;
Y giran por la tierra sin destino
En revuelto, confuso remolino:
¡Pobres hojas! errantes por el suelo,
¿Quién á marcar se atreve su parada?
¡Ellas siguen inciertas en su vuelo,
Cual sigue el hombre en su fatal jornada!...

Las copas de los árboles tupidas,
De los bosques diadema de esmeralda,
Del vendabal al soplo remecidas
Descienden de los valles á la falda;
Y cada tronco yermo, solitario,
Al campo presta tinte funerario:
Cada uno tal parece una alta tumba
De las marchitas hojas que cayeron;
El huracan entre sus ramas zumba
En lugar de las auras que murieron.

Búscala en vano la alondra solitaria
Su antiguo pabellon de frescas hojas,
So cuyo toldo alzaba su plegaria,
Del mortal mitigando las congojas;
Hoy las rocas, peñascos y malezas
Para su nido ofrecen asperezas.
Ya, cual ántes, sus lánguidos cantares
No entona al sol que en Occidente muere, —
Que en las heladas costas de los mares
Cada roto turbion su canto hiere.

¿Qué se hicieron las lilas, las acacias,
Los lirios, tulipanes y violetas,
Las rosas, girasoles y mosquetas
De hermoso tallo y lindo rosicler?
Las bellas flores del pensil ameno,
Impulsadas por ábrego inclemente,
Van á encontrar su tumba en la corriente,
Léjos del prado que las vio nacer.

Ya no halla la pintada mariposa
Donde extender sus alas inconstante;
Ni los columpios de vagaba errante
En la floresta el colibrí encontró;
A los arrullos de la dulce brisa
Sucedieron los rudos aquilones:
Y de las fuentes los pausados sonos
La voz de los torrentes apagó.

¡El manto de natura desgarróse;
Se acabaron sus dulces armonías;
Ahora siguen los penosos días
De amargo desconsuelo y languidez;
Braman los vientos donde alzaban ántes
Dulces cantos alegres ruiseñores;
¡Y á los de Julio plácidos colores,
Ha sucedido triste palidez!...

IV.

Callaron las fuentes — callaron las aves
Sus ecos suaves,
Su dulce trinar;
El mar á lo léjos se estrella violento,
Y escúchase el viento
Furioso bramar.
Cayeron marchitas — volaron las flores;
Perdió sus colores
El lindo arrebol;
Perdieron las selvas su grato follaje;
El verde ramaje
Desnudo quedó.
La virgen del cielo, — la cándida luna
En ancha laguna
Cesó de riclar;
Oscura la noche su parda bandera
Levanta do quiera,
Y empieza á reinar.

V.

¡Tal es, señora, del mortal la vida!
Fugaz es la estación de la ventura;

Angosta la ribera que separa
Nuestra barca de niño y nuestra tumba.
Las gayas flores del jardin ameno
Que nuestras frentes jóvenes circundan,
Un solo instante guardan su perfume,
Y á los valles descienden sin frescura.

VI.

A la sombra de lánguida paimera
Ligeras auras con placer murmuran;
Las linfas de la fuente cristalina
Por la floresta con amor susurran.
A la plácida sombra de la palma,
Gozando de la fuente la frescura,
Nos sentamos henchidos de deleite,
Y ensueños mil por nuestra mente cruzan.

Es en la edad de la ilusion bendita,
Edad en que Esperanza nos alumbró,
En que, al través de prismas celestiales,
Allá léjos un ángel nos dibuja

Sendas floridas de horizonte inmenso,
Donde se ostenta un sol sin mancha alguna;
Do se escuchan los himnos de los bardos;
Do luce sus hechizos la hermosura.

Flores, perfumes, cantos y beldades —
Aves que trinan — auras que murmuran —
Gigantes olmos, y torrentes varios —
Todo en concierto plácido se agrupa.

¡Feliz edad, en que á placer forjamos
De un Eden cumplidísima ventura,
Sin una nube que flotando vague,
Sin una sombra que el vergel encubra.

Y así fascinados vamos
De ilusion en ilusion:
Vivimos cuando soñamos,
Y nuestros sueños amamos
Con delirante pasion.

De los labios de una bella
Apuramos la ambrosía,
Y adoramos ¡ay! en ella —
De nuestra vida la estrella,
De nuestro Eden la armonía;

Y prosternados de hinojos
La levantamos altares;
Y ante la luz de sus ojos
Se alejan nuestros enojos,
Se alejan nuestros pesares;

Gozamos con su ronrisa,
Y al arrullo de su voz;
Gozamos cuando la brisa
Sobre nosotros deliza
De su aliento el puro olor.

Las fibras del pecho amante
A su canto se estremecen,
Cual de la palma ondulante
Al soplo del aura errante
Las verdes hojas se mecen.

Todo entónces es poesia,
Todo perfume y color:
Las linfas con su armonía, —
Las flores con su ambrosía, —
Con su canto el ruiseñor.

VII.

Henchidos de vida, de amor delirantes,
Las cuerdas vibrantes
De blando laud

Al son de las auras alegres pulsamos,
Y amores cantamos, —
Amores, virtud;

Y ansiando renombre, laureles y gloria,
Dejar en la historia
Queremos tambien

Recuerdos que marquen do quier nuestra huella,
Cual fúlgida estrella
En blando vaiven.

Entónces soñamos, ardiendo en coraje,
De infames tiranos el cetro romper, —
Vengando do quiera del pueblo el ultraje, —
Los hierros rompiendo que entraban sus piés;

Entónces soñamos batir en los vientos
El bello oriflamo de Paz — Libertad;
Y alzar sobre firmes, eternos cimientos
El templo sagrado de Union — Igualdad.

Briosos al campo corremos do llama
La Patria oprimida, la pura Virtud;
A voces sagradas el pecho se inflama,
Y lucha valiente gentil juventud,

VIII.

Mas pronto se cubre de luto la orilla
Donde ántes soñamos:
Las flores se agostan — el sol ya no brilla,
Y tristes lloramos.
Impulso violento de rayo impetuoso
Tronchó la palmera;
En vez de la fuente, torrente espumoso
Cruzó la pradera.
Las brisas sonoras su acorde callaron —
El ave calló;
En masa los vientos airados bramaron —
El trueno rugió.

¡En erial convirtióse la floresta: —
Huyó de nuestros ojos la beldad;
Ya la ilusion su brillo no nos presta: —
Todo es llanto, espantosa soledad!...

Y vagamos
Entre nieblas,
En tinieblas
Sin cesar;
De ruinas
Rodeados;
Inundados
Por la mar.
¡Se acabaron
Los ensueños
Tan risueños
De placer;
Acabóse
Para el alma,
De la calma
El rosicler!...

IX.

— ¡Es el otoño de la triste vida
Que entolda la brillante juventud;
Es el pesar que al ánima afligida
Impone su terrible esclavitud!

Es la edad en que viene el desengaño
Con su arrugada, macilenta faz;
En que el turbion del infortunio, extraño,
Nuestro batel empuja á naufragar.

¡Solo nos quedan flores deshojadas, —
En el pecho la espina del dolor;
Solo restan memorias descarnadas;
Recuerdos solo de amistad y amor!...

¡Todo acabó! qué fueron ¡ay! mentira
Las sombras que adorabamos ayer;
Vanos sonos las notas de la lira, —
Mentira la hermosura y el placer!...

X.

— Mas, señora, las flores que arrebató
En su curso veloz el rauda viento,
Del céfiro fugaz al blando aliento
A inclinarse mañana volverán;
Volverán sus corolas perfumadas
A adornar el pensil de huerto ameno,
Y del ambiente plácido y sereno,
Y de las dulces auras gozarán.

El árbol que hoy se mira deshojado,
Tendrá mañana plácido follaje;
Y sobre el verde, lánguido ramaje
Modulará su trino el colorin:
Así las flores de la flor renacen,
Y nueva gala viste la pradera,
Que si hay Otoño — existe Primavera,
Que convierte los campos en jardin.

XI.

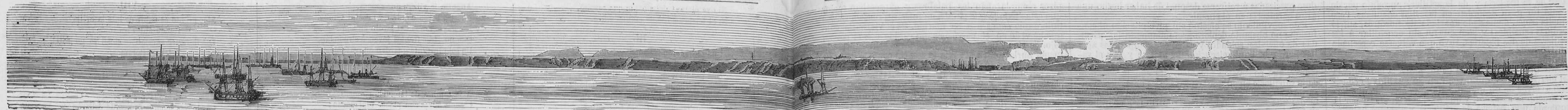
— No cambia así la suerte desgraciada
Del que la paz y la quietud perdió;
Del que en hora fatal, infortunada
En el mar de la duda se lanzó.

¡Ay infeliz de aquel cuya memoria
Le recuerda la playa del placer,
Iluminada al campo de la gloria
Y encantada por cándida mujer!...

¡Ay infeliz quien de recuerdos vive,
Atrás volviendo siempre la mirada;
Con el alma por penas desgarrada,
Extinguida la luz del corazón!...
¡Pobre infeliz! ¡arrastra maldecida
Una existencia cual la tumba fria!
¡Pobre infeliz! ¡á quien la suerte impía
La venda de sus ojos desgarró!...

Cerrado el corazón á la esperanza,
Los sepuleros ofrecen grata paz...
¡Cobarde el que en oscura lontananza
No busque de las tumbas el solaz!...

J. M. TORRES CAICEDO.



Escuadra del almirante Hamelin.

Valle y embocadura del Katcha.

Vista general de la costa y de las posiciones de las escuadras aliadas desde el Katcha, hasta la bahía de Kamiesh. Valle et embocadura del Belbeck. Ciudadela. Telégrafo fortificado.

Fuertes Constantino, Alejandro, de la Cuarentena y de San Pablo.

Entrada de la bahía del tiro. Puerto y bahía de Kamiesh, escuadra del almirante Bruat.

Sebastopol.

Las posiciones de las flotas aliadas se extienden delante de Sebastopol desde el valle y la embocadura del Katcha hasta la bahía de Kamiesh. La mayor parte de la escuadra está fondeada en Katcha; lo demás se halla en la rada de Kamiesh, para cuya defensa se han aglomerado en este momento todos los transportes que sirven para el abastecimiento de las tropas. Mas de doscientos buques se encuentran alineados en esa pequeña bahía cuyo movimiento y animación son increíbles.

Desde que principiaron los trabajos de sitio las líneas de los ejércitos aliados se han estrechado mas y mas cerca de la plaza, y ahora las cuatro baterías francesas se hallan á unos 1200 metros del recinto de Sebastopol en el Norte, y las baterías inglesas, á una distancia casi igual en el Este.

Ya hemos dicho que la naturaleza del terreno ha ofrecido grandes dificultades, no solo en los primeros dias del ataque, sino despues; la roca está cubierta de una capa de un metro de tierra pedregosa y que resiste mal á los proyectiles del enemigo; ha habido que emplear una gran cantidad de sacos de arena; mas de 400,000 se han recibido en pocos dias. Las viñas de los señores rusos nos han servido á falta de otra madera para hacer los gaviones, etc., obra en que se emplean diariamente muchos batallones.

Las cercanías de Sebastopol están cubiertas de una gran cantidad de pequeñas colinas separadas por barrancos bastante profundos; en una de las mas altas se encuentran las baterías francesas; hay al rededor bonitas casas de campo, viñedos y hermosos plantíos.

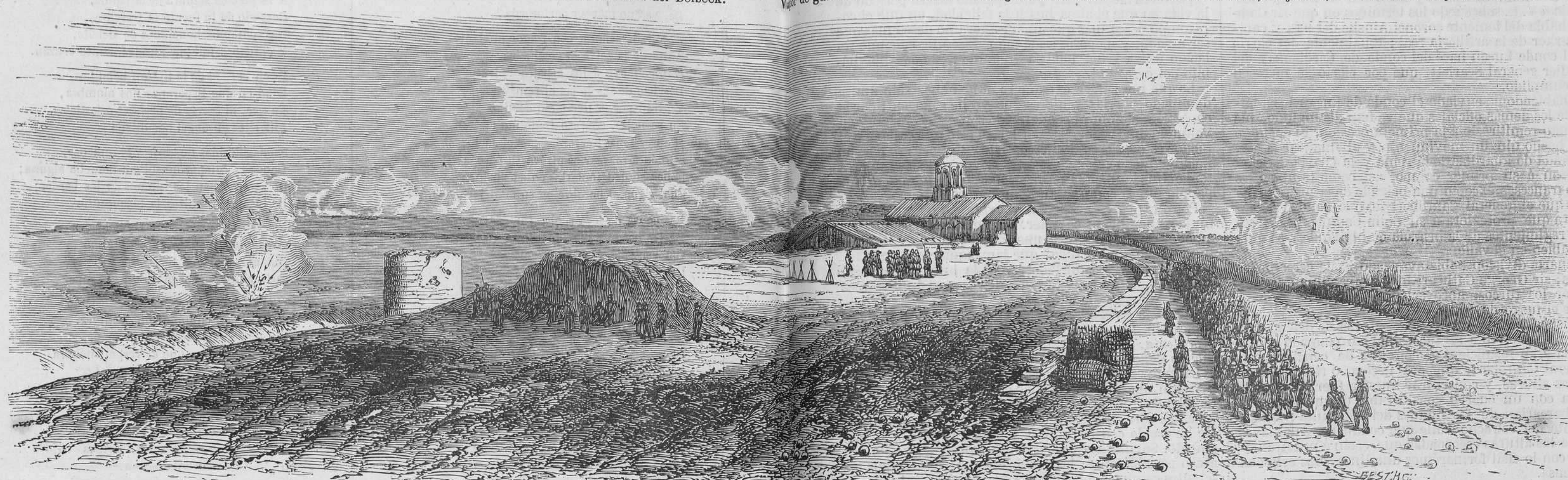
Las divisiones quinta, cuarta, y una parte de la tercera, ocupan la izquierda de la línea de posición, que se extiende desde Balaklava hasta Sebastopol; por consiguiente se encuentran colocadas detrás de los trabajos de sitio; la quinta se apoya en la mar. Desde la casa del general Forey se puede ver, por decirlo así, lo que pasa en los puntos avanzados, dentro, sin embargo, de la línea fortificada.

En cuanto á los ingleses, independientemente de dos baterías muy fuertes que baten la ciudad, han establecido en un barranco que llega á la extremidad del brazo de mar que sirve de arsenal marítimo á los rusos una fuerte batería de obuses del sistema Lancaster que lanzan sobre la ciudad proyectiles cónicos de 120. Estos proyectiles hacen un ruido espantoso que solo puede compararse al de un convoy que va á toda velocidad por un camino de hierro.

El estado de defensa de Sebastopol es formidable, y los rusos combaten con un encarnizamiento extraordinario; sin embargo, una parte de los escarpes de las trincheras han sufrido mucho, y en cuanto á las trincheras casi derruidas. Desgraciadamente, los rusos pueden reparar por las noches los daños que se les hacen en las obras de tierra; se ven tambien en la ciudad muchos incendios.

El 28 se abrió una trinchera hasta trescientos metros de la plaza, y ahora se trabaja en la batería de brecha que se compondrá de 19 piezas de artillería, apoyada á 500 metros por diez obuses de 80 servidos por la marina, que tan buenos servicios presta en este sitio.

El suelo, en las cercanías de las trincheras, se halla



La casa del Campanario, á suya derecha se encuentra la abertura de la trinchera.



Guardia de la trinchera.

literalmente empedrado de balas, sobre todo en la proximidad de la casa llamada del Campanario (esta casa pertenece á la historia del sitio), donde se halla el puesto del cirujano de las trincheras y de la casa llamada de las Canteras.

En nuestro último número indicamos que se habian recibido varios partes oficiales del teatro de la guerra, sobre las operaciones del ejército aliado hasta el 28 de octubre, y como estos documentos explican mejor que nada el sentido de la mayor parte de nuestros dibujos del número actual, consagrado enteramente á las cosas de la guerra, transmitiremos á continuación los dos mas importantes de todos ellos.

El general Canrobert escribe de su cuartel general delante de Sebastopol en fecha 23 de octubre al ministro de la Guerra.

Seguimos construyendo nuevas baterías destinadas á batir el costado oriental de la parte del reducto que atacamos. Estas baterías están colocadas sobre la peña. Solo á fuerza de pólvora, de sacos de tierra y de otros medios igualmente difíciles y penosos conseguimos avanzar. Antes de mucho, sin embargo, estaremos tal vez en disposición de multiplicar nuestros fuegos contra las defensas en cuya reparación trabajan nuestros adversarios con un teson admirable.

Este sitio formará, á no dudarlo, época entre los mas trabajosos que se han emprendido jamás.

Nuestro fuego ha causado gran daño en la ciudad, y sabemos que son enormes las pérdidas sufridas por sus defensores.

Los ingleses conservan á Balaklava que es el centro de su desembarque, y que está defendida por soldados de marina, un batallón de infantería y varios de turcos.

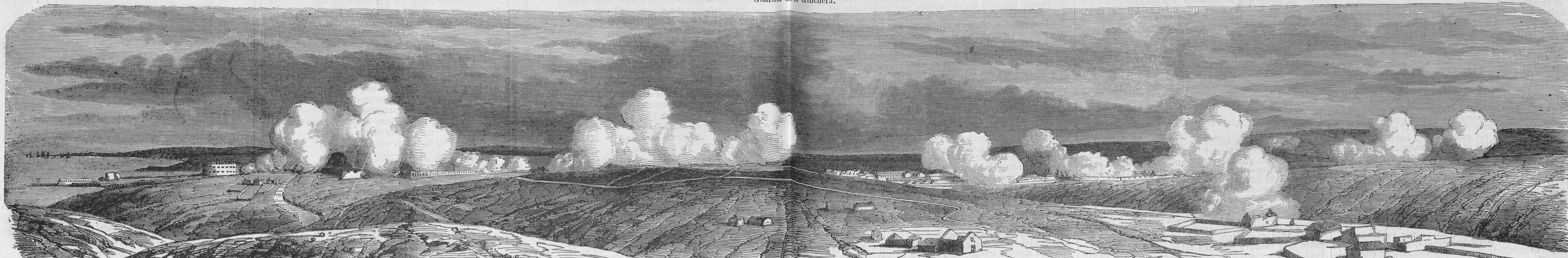
En la madrugada del 25 fueron invadidas y ocupadas por fuerzas considerables las colinas situadas á 2,500 metros del puerto, y únicamente defendidas por algunas obras sumamente incompletas, guardadas cada una por 100 á 150 turcos y armados con algunas piezas de artillería. Inmediatamente nos dirigimos lord Raglan y yo á las alturas que circuyen el valle de Balaklava y formar el límite extremo de nuestra posición defensiva durante el sitio.

El enemigo ocupaba las colinas de que acabo de hablar; sus fuerzas se extendían por las alturas cubiertas de bosque que conducen al Thernaya, dejando ver unos 20,000 hombres y teniendo oculto el resto en los barrancos y la maleza. Su intención evidente era en aquel momento, como lo será en todos, hacernos bajar hasta él, abandonando nuestras excelentes posiciones. Yo, á petición de lord Raglan, me contenté con reunir mi caballería á la inglesa que, acampada en el llano delante de Balaklava, había dado ya contra la caballería rusa una carga brillantísima.

Sin perjuicio de esto y en tanto que lord Raglan formaba delante del puerto dos divisiones de infantería, mandé bajar al pié de las primeras cuevas toda la parte disponible de mi primera division.

En este estado estaban las cosas y muy entrado ya el día, cuando la caballería ligera inglesa, unos 700 caballos, dejándose llevar de un exceso de ardor, cargó vigorosamente al grueso del ejército ruso.

Esta carga impetuosa ejecutada bajo los fuegos cru-



VISTA PANORAMICA DE LA CIUDAD DE SEBASTOPOL Y DE LOS TRABAJOS DE SITIO. — A la izquierda el fuerte de la Cuarentena, el torreón de la entrada del puerto, que aparece como encima de la tierra; despues las baterías de tierra que desembocan en el bastion grande, unido á la ciudad por un muro almenado, que desaparece por detrás de la altura empleada por las baterías francesas; tambien se distingue el otro lado del puerto; el telégrafo y el Kascha donde se encuentra la escuadra del almirante Hamelin; sobre la altura, en medio se ven las baterías francesas números 1, 2 y 3; la número 4 está un poco adentro de las otras; se percibe la trinchera detrás de las baterías y los canales que las unen con la trinchera; hacia la derecha la casa del Campanario, y un poco á la izquierda la de las Canteras; á la extremidad el barranco donde tienen los ingleses una batería de morteros, sistema Lancaster, y donde los franceses construyen una en este momento; en primer término una aldea incendiada y á la derecha las baterías inglesas.

zados de la fusilería y de la artillería, produjo por de pronto un gran desorden en las filas enemigas. Pero aquella tropa, demasiado apartada de nosotros, sufrió pérdidas sensibles; y bien que no sin acuchillar á los artilleros de dos baterías, tuvo que volverse cercenada con 150 bajas.

Durante este tiempo mi brigada de cazadores de Africa que, situada en el llano, protegía la izquierda del ejército inglés, quiso venir en su auxilio y lo consiguió á favor de un movimiento muy atrevido que llamó mucho la atención, y que consistía en atacar por la izquierda una batería de artillería y algunos batallones cuyo fuego era mortífero para los ingleses. En esta acción, en la cual hemos obligado al enemigo á retirarse, hemos perdido entre muertos y heridos unos 20 hombres, y entre ellos dos oficiales. La pérdida del enemigo por esta parte ha sido de bastante importancia. Nuestros cazadores han podido efectuar su retirada en buen orden y sin ser molestados. La noche vino á poner fin á este combate.

Al siguiente día salieron los rusos de la plaza y atacaron por la parte de Inkerman la división inglesa de sir Lacy Ewans que es la que protege los trabajos de sitio. Recibidos por un fuego espantoso y con la energía que es particular á nuestros aliados, dejaron los rusos en el campo más de 300 de los suyos, y fueron perseguidos hasta muy cerca de la plaza, abandonando además unos 100 prisioneros. Esta acción corta y viva ha sido muy brillante y ha compensado seguramente los desagradables incidentes del día anterior.

Con fecha 28 de octubre lord Raglan escribe del mismo punto al gobierno inglés:

Milord duque: Tengo el honor de informar á V. E. que el enemigo atacó el 25 por la mañana la posición de enfrente de Balaklava. Cuatro pequeños reductos, construidos de prisa, protegían las alturas que forman la sierra poco elevada que se extiende en dirección opuesta á la llanura, al pie de la cual está situada la ciudad. En tres de estos reductos había cañones.

En un cerro que está en frente de la aldea de Camara, delante de nuestro flanco derecho, se había construido una fortificación algo más importante. Las tropas turcas defendían estos diferentes reductos por no tener yo á mi disposición fuerza alguna con que ocuparlos.

Solo el regimiento inglés 93º de irlandeses, una parte de un batallón destacado y una batería perteneciente á la 3ª división se hallaban en la llanura.

En las alturas, detrás de nuestra derecha estaban colocados los soldados de infantería de marina que el vice-almirante Dundas tuvo la bondad de mandar desembarcar de la flota. Todas estas tropas, incluso los turcos, estaban á las inmediatas órdenes del mayor general sir Colin Campbell.

Informado del movimiento del enemigo, vine en la precisión de retirar de delante de Sebastopol la primera y la cuarta división mandadas por los tenientes generales su alteza real el duque de Cambridge y sir George Cathcart, y hacerlas bajar á la llanura; el general Canrobert reforzó enseguida estas tropas con la primera división de infantería francesa y los cazadores de Africa.

El enemigo dió principio á sus operaciones atacando el reducto próximo al pueblo de Camara, el cual tomó después de una corta resistencia, apoderándose igualmente de otros tres que estaban contiguos, sin haber hallado resistencia más que en uno de ellos, y esta muy débil. No pensó ocupar el más lejano de los tres reductos, pero el abandono inmediato de los otros le permitió apoderarse de los siete cañones que allí se hallaban. La caballería rusa avanzó después en gran número apoyada por la artillería: una parte atacó el frente y el flanco derecho del 93º, pero fué vigorosamente rechazada por el nutrido fuego de aquel excelente regimiento mandado por el coronel Ainslie; la otra, que era más numerosa, se volvió hacia la caballería de línea, pero esta, al mando del teniente general conde de Lucan, y á cuya cabeza iba el brigadier general Scarlett, puso al enemigo en completa derrota.

El terreno era muy desventajoso para el ataque de nuestros dragones, los cuales, sin que ningún obstáculo pudiese detener su marcha, cargaron á la columna rusa, que bien pronto se declaró en precipitada fuga, á pesar de la superioridad numérica de sus fuerzas. La carga dada por esta brigada ha sido una de las más brillantes que se han visto, y honra en gran manera al brigadier general Scarlett y á los oficiales y soldados.

Como el enemigo se retiraba del terreno que había ocupado momentáneamente, mandé que la caballería, apoyada por la cuarta división á las órdenes del teniente general Cathcart, avanzase para aprovechar cualquier ocasión y tomar las alturas; pero como fué imposible hacerlo inmediatamente, y el enemigo parecía querer llevarse los cañones que había cogido, el conde de Lucan recibió orden de avanzar rápidamente y perseguirle para impedir que efectuase su proyecto. Entretanto, los rusos tuvieron tiempo de formarse en su propio terreno con la artillería en el frente y los flancos. No habiendo quizá comprendido bien la orden de avanzar, el teniente general se creó obligado á atacar á todo trance, y en consecuencia ordenó al mayor general Cardigan que se adelantase con la brigada de caballería ligera. Esta orden fué ejecutada con la mayor bravura. Lord Cardigan dió una carga vigorosísima, atacó una batería que hacía fuego sobre los escuadrones que avanzaban, y habiéndola pasado se encontró por detrás con la caballería rusa. Allí sus tropas fueron atacadas por la infantería y la artillería á la vez, vién-

dose precisadas á retirarse después de haber hecho una gran carnicería en el enemigo.

Este movimiento se efectuó sin precipitación ni confusión; no obstante deploró profundamente las pérdidas de oficiales, soldados y caballos, comparadas apenas por la brillante ejecución del ataque y por el valor, el orden y la disciplina admirables de nuestras tropas, que contrastan notablemente con la conducta de la caballería enemiga. Los cazadores de Africa avanzaron sobre nuestra izquierda y atacaron valerosamente una batería rusa, lo cual contribuyó á paralizar su fuego, prestando á la caballería inglesa un eminente servicio.

Tengo el honor de enviaros adjunta copia de los partes de sir Colin Campbell y del conde de Lucan. Recomendando á V. E. sobre todo los términos en que sir Campbell habla del teniente coronel Ainslie del 93º, y capitán Barker de la artillería real; igualmente del elogio que el conde de Lucan hace del conde de Cardigan y del brigadier general Scarlett, que por cierto le merecen muy cumplido.

No habiéndome enviado el conde de Lucan los nombres de los demás oficiales que se han distinguido, me propongo remitirlos á la primera ocasión. El enemigo no ha hecho ningún movimiento, y al finalizar el día, la brigada de guardias de la reina y la cuarta división volvieron á su primer campo, así como también las tropas francesas, excepto una brigada de la primera división que el general Canrobert tuvo la bondad de dejar para que protegiera á sir Colin Campbell. El resto de los regimientos de la brigada de highlanders se quedó también en el valle.

La cuarta división había avanzado hasta cerca de las alturas; sir George Cathcart hizo ocupar una de aquellas por los turcos, aprovechando esta ocasión para apagar el fuego de dos cañones del enemigo, ayudado por sus carabineros. Como los medios de defender la extensa posición que los turcos habían ocupado por la mañana eran insuficientes, convine, de concierto con el general Canrobert, que era necesario retirarnos de nuestras alturas, y concentrar nuestra fuerza, aumentándola con un cuerpo considerable de marinos, que desembarcarían de los buques del almirante Dundas, en frente del estrecho valle que conduce á Balaklava, y sobre las alturas escarpadas que están á nuestra derecha, con lo cual formaríamos una línea más estrecha de defensa.

NOVELAS RUSAS.

IV.

La princesa Mery.

(Continuación.)

El aire estaba muy cargado de electricidad. Me metí por una calle de árboles que conduce á la gruta de la montaña; yo pensaba con tristeza en la joven de que me había hablado el médico. ¿Porqué está aquí? ¿Es ella? ¿Porqué lo creo? ¿Porqué habré pensado que es ella? Otras mujeres hay con lunares en el rostro.

Con estas meditaciones fuí hasta la gruta. En el lado sombrío del camino había una mujer con un sombrero de paja y un pañuelo negro. Su cabeza estaba inclinada sobre su pecho, y su sombrero ocultaba su rostro. Iba á separarme para no turbar su meditación, cuando levantó la cabeza para mirarme.

— ¡Vera! exclamé involuntariamente.

Ella tembló y palideció.

— Sabía que estabais aquí, me dijo.

Me senté á su lado y cogí su mano. Un estremecimiento mucho tiempo desusado recorrió todos mis miembros al oír aquella voz querida; ella fijó en mí su mirada profunda y tranquila, que revelaba la desconfianza y cierta cosa semejante á una queja.

— Mucho tiempo hace que no nos hemos visto, dije yo.

— Mucho, y desde entonces los dos hemos cambiado extraordinariamente.

— ¿Es decir que ya no me amas?

— Estoy casada.

— ¿Otra vez?... Hace años que existía esa razón ya, y sin embargo...

Apartó su mano de la mía; sus mejillas se encendieron.

— ¡Tal vez amas tú á este marido más que al primero!

No respondió y volvió la cabeza.

— ¿Es celoso?

El mismo silencio.

— ¿Es bello? ¿es joven? ¿es rico? ¿qué temas?

— Me estremecí viéndola; su frente revelaba un profundo pesar, una desesperación terrible. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

— Dime, murmuró ella por fin, ¿qué placer encuentras en atormentarme? — Yo debería odiarte. — Desde que nos conocemos no me has dado más que disgustos.

Su voz temblaba, se inclinó hacia mí, y dejó caer su cabeza sobre mi pecho. Acaso por eso me ha amado. Los placeres se olvidan, las penas nunca. La estrechez entre mis brazos; nuestros labios se unieron en un beso ardiente; sus manos estaban frías como el hielo, su frente ardía. No podría describir la conversación que tuvimos, ni aun recordarla; nuestros besos y sus-

piros reemplazaban las palabras y expresaban mejor que estas todo lo que pasaba en nuestros corazones. No quiere que conozca á su marido. Es el viejecillo cojo que he visto en el paseo. Se ha casado con él por su hijo. Es rico y padece de reuma. No me ha permitido la menor burla contra él; ella lo respeta como si fuera su padre, y lo engañará como marido. Cosa singular es el corazón humano en general, y el de las mujeres en particular.

El marido de Vera, Simeon Vassilievitch K..., es pariente lejano de la princesa Sigovski; vive á dos pasos de su casa; Vera va á menudo á verla; le he ofrecido hacerme presentar y obsequiar á Mery para disimular. Mis planes no se trastornan así y me divertiré.

¡Divertirme!... pero ya he pasado de ese período de la vida en que el alma busca la felicidad, en que el corazón no desea más que amar; ahora no deseo más que ser amado, y de pocos; casi me parece que con una relación única y fiel tendría bastante: ¡deplorable hábito del corazón!...

Lo que me parece extraño es el no haber sido nunca dominado por las mujeres que yo he conocido; por el contrario, siempre he adquirido sobre su corazón y su voluntad un poder irresistible, y esto sin costarme el menor esfuerzo. ¿En qué consistirá? ¿Es acaso porque no doy mucho valor á las cosas, y porque las mujeres temen que las deje? ¿ó quizá consiste en que no he tropezado nunca con una mujer de carácter fuerte?

Por otra parte debo confesar que no me gustan las mujeres de mucho carácter. Sin embargo, una vez he amado, una sola vez, á una mujer que tenía una voluntad firme y decidida, que jamás pude doblegar.... Nos separamos enemistados. — Si la hubiera conocido cinco ó seis años más tarde, tal vez nos hubiéramos separado de otra manera...

Vera está enferma, muy enferma, aunque no quiere confesarlo. Temo que padezca del pecho, que tenga la fiebre lenta, enfermedad que no es ciertamente rusa, y que no tiene nombre en esta lengua.

La tempestad nos sorprendió en la gruta, y nos detuvo allí una media hora. No me ha exigido juramento de fidelidad, ni me ha preguntado si amaba ó había amado á otras mujeres después de nuestra separación. Me ha creído con la confianza antigua, y no la he engañado. Sé que nos volveremos á separar, y esta vez acaso para siempre; los dos iremos al sepulcro por diferentes caminos, pero su recuerdo quedará intacto y perenne en mi alma; se lo he repetido y lo cree, aunque diga lo contrario.

Por fin, nos separamos.

Yo la seguí mucho tiempo con la vista, hasta que su sombrero desapareció detrás de las rocas y los matorrales. Mi corazón se oprimió dolorosamente, como si fuera nuestra primera despedida.

¡Cuánto gozo con este sentimiento! ¿No viene con él la juventud con sus benéficas borascas? ¿Es tal vez su última mirada, su último presente, su memoria?...

Volví á casa, monté á caballo y corrí por la estepa. Me gusta galopar con un caballo fogoso entre la yerba alta, contra el viento del desierto; respiro con avidez el aire embalsamado de aquellas vastas llanuras, y fijando los ojos en el horizonte azul, procuro distinguir los objetos que se hacen más visibles conforme se acercan. Cualquiera que sea el pesar que abrigue mi pecho, cualquiera que sea la inquietud que atormenta mi imaginación, mi alma se tranquiliza, y la fatiga del cuerpo vence los tormentos del espíritu. No hay mirada de mujer que no olvide considerando altas montañas alumbradas por el sol del mediodía, ó escuchando el ruido de una cascada que se despeña, resonando entre las rocas.

Las seis eran cuando recordé que era ya hora de comer; mi caballo estaba fatigado; cogí el carpio que conduce de Tiatigorsk á la colonia alemana á donde suelen los bañistas ir á pasar días de campo.

El camino serpentea entre grupos de árboles, y sigue por muchos valles bañados por frescos arroyos. Bajé á uno de ellos para dar de beber á mi caballo; al mismo tiempo apareció en el camino, que yo acababa de dejar, una brillante cabalgata. Las damas venían vestidas de azules y negras ó azules, los hombres con trajes rusos ó circasianos; Gruchnitski marchaba hacia adelante con la princesa Mery.

Las damas que van á tomar las aguas creen aun en los ataques de los circasianos en medio del día; por eso Gruchnitski llevaba un sable y un par de pistolas colgadas por encima de su capote. Raro estaba con aquel atavío. Yo estaba oculto detrás de un enorme matorral, de suerte que á través de las hojas pude reconocer en la expresión de sus fisonomías que la conversación era sentimental. Pronto se acercaron á mí; Gruchnitski cogió la brida del caballo de la princesa para guiarlo en la bajada, y pude oír el fin de su conversación.

— ¿Y quiere Vd. permanecer toda su vida en el Cáucaso? decía la princesa.

— ¿Qué me importa la Rusia? respondió Gruchnitski. Es un país donde cien personas más ricas que yo se creerán con derecho para despreciarme, mientras que aquí no me ha impedido mi tosco capote conocer á Vd.

— Por el contrario, dijo la princesa ruborizándose.

En el rostro de Gruchnitski se retrató el placer.

El continuó:

— Aquí pasa mi vida rápidamente en medio de las balas de los enemigos, y si Dios me enviara una vez al año una sonrisa serena, una sonrisa de mujer, semejante á la...

En aquel instante estaba muy cerca de mí; di un latigazo á mi caballo, y salí de mi escondrijo.

— ¡Dios mío, un circasiano! exclamó la princesa aterrada.

— No temais, señora, no soy yo mas temible que el caballero que os acompaña, respondí en francés, á fin de tranquilizarla del todo, acompañando estas palabras con una ligera inclinación.

Ella se turbó. ¿Porqué? ¿Le parecería atrevida mi respuesta? Lo deseo.

Gruchnitski me echó una mirada marcada de disgusto.

Por la noche, á las once, me fui á pasear á la calle de los Tilos. La ciudad dormía; en lontananza se veían los tres picos del Michuk, cubiertos con nubes de mal agüero; la luna se alzaba en el Oriente, y alumbraba las cimas de las nevadas montañas. Los gritos repetidos de los centinelas interrumpían á intervalos el ruido de las fuentes minerales que corren por la noche. Oíanse en las calles pasos de caballos, chirridos de carretas, y el canto melancólico de los tártaros. Me senté en un banco y me puse á meditar. Hubiera deseado tener un amigo para confiarle mis secretos... ¿Dónde está Vera en este instante? ¡Con qué placer estrecharía ahora su mano!

De repente oigo pasos rápidos y desiguales. Adivino á Gruchnitski: él era en efecto.

— ¿De dónde vienes? le pregunté.

— De casa la princesa Sigovskí, me respondió muy gravemente. ¡Qué bien que canta Mery!...

— ¿Sabes una cosa, Gruchnitski? Apuesto lo que quieras á que ignora que eres solo un cadete, y á que te cree degradado.

— Es posible; pero ¿qué me importa? contestó con aire distraído. ¿Sabes que la has ofendido hoy mucho? Le has parecido muy osado, y me ha costado mucho persuadirla que eres un hombre demasiado bien educado para tener intención de ofenderla; pero ella persiste en creer y decir que tienes una mirada insolente, y que debes tener muy buena opinion de tí mismo.

— No se engaña... y tú, ¿porqué no serias de su parecer?

— Desgraciadamente no tengo ningun derecho para serlo.

— ¡Oh! ¡oh! pensé; ¡parece que ya tiene esperanzas!...

— Por otra parte, continuó, tú has hecho tanto, que ahora te será difícil lograr que te presenten á la princesa, y lo siento, porque su casa es de las mas agradables que conozco.

Sonrei interiormente.

— No conozco actualmente casa mas agradable que la mia, dije bostezando y levantándome para irme.

— Sin embargo, convendrás en que te arrepientes...

— ¡Qué locura! el corazon me dice que mañana me presentaré en casa de la princesa.

— Lo veremos.

— Y aun para darte gusto, me dedicaré á obsequiar á su hija.

— ¡Bueno! si ella quiere hablarte, supongo.

— No aguardaré mas que hasta que le aburra tu conversacion. Adios.

— Yo no vuelvo todavía á casa. No podría dormir. Necesito sentir alguna sensacion un poco viva. Vén á la casa de conversacion; allí se juega...

— Deseo que pierdas.

Me fui á mi casa.

21 de mayo.

Una semana entera ha trascurrido, y aun no me he hecho presentar en casa de las Sigovskí: aguardo una ocasion.

Gruchnitski no se separa del lado de la princesa: ¿cuándo la fastidiará? La madre no se aflige por nada, porque Gruchnitski no es un novio; ¡tal es la lógica de las madres! Yo he sorprendido dos ó tres miradas tiernas; es preciso que no se repitan.

Vera ha aparecido ayer por la vez primera en la fuente. Desde que nos vimos en la gruta no habia salido de su casa. Nos hemos bajado juntos para coger agua, y ella me ha dicho:

— Tú no quieres ir á casa de la princesa, y no podemos vernos mas que allí.

— ¡Una queja!... ¡qué fastidio!... pero yo lo merezco. A propósito, mañana hay un baile de suscripcion en la casa de conversacion; iré y bailaré una mazurka con la jóven princesa.

29 de mayo.

A las nueve estaba la reunion completa.

La princesa y su hija se presentaron de las últimas. Muchas damas han mirado á esta con envidia y enemistad, porque se viste con gusto. Las que se estiman las primeras en la ciudad se han acercado á ella, disimulando su envidia. ¿Qué hacer? Pero en todas las reuniones donde hay mujeres, se forma una segunda y tercera sociedad. Gruchnitski estaba abajo, no perdiendo un movimiento de su diosa. Ella le hizo visiblemente un pequeño signo de cabeza al pasar. Comenzóse por una polonesa, luego siguió un vals. Sonaron las espuelas, se levantaron los faldones de los fraes, todo el mundo se puso á dar vueltas.

Yo estaba detrás de una enorme dama, sombreada por plumas rosadas. La anchura de su vestido me hacia recordar la época de los tontillos, y las desigualdades de su cutis manchado del tiempo en que se llevaban moscas.

— Esta princesa Sigovskí, decía ella á su acompañante, que era un capitán de dragones, es una niña insoportable. Figúrese Vd. que acaba de tropezar con-

migo, y que lejos de disculparse, se ha vuelto para mirarme con su lente. ¿Porqué tiene orgullo? Seria preciso darle una leccion...

— No es mas que eso, respondió el capitán y salió.

Me acerqué á la princesa y la invité á bailar, aprovechándome de la libertad de costumbres del país, que permiten invitar á una señora que apenas se conoce.

Con mucha dificultad reprimió la sonrisa que le inspiraba su triunfo; pero recobrando al punto su aire indiferente y aun severo, llevó su mano negligentemente á mi hombro, inclinó un poco la cabeza y partimos. No conozco talle mas flexible y voluptuoso. Su fresca respiracion heria mi rostro; á veces, un bucle de sus cabellos, separado de sus compañeros, llegaba ondulando á tocar mi ardiente mejilla. Baila divinamente, pero no hemos dado mas que algunas vueltas, porque al cabo de unos momentos ha perdido el aliento, sus ojos se han eclipsado, y ha tenido escasamente fuerza para decirme en voz muy baja las indispensables *gracias, caballero*.

Después de un momento de silencio le dije con aire sumiso:

— Me han dicho, princesa, que sin tener el honor de que Vd. me conozca, he tenido ya la desgracia de desgraciarme... que le he parecido á Vd. atrevido...

— Y sin duda pretende Vd. en este momento que me afirme en esta opinion... respondió con gesto irónico, que sentaba muy bien á su movible fisonomía.

— Si he tenido la desgracia de ofender á Vd., permítame Vd. que me atreva á implorar mi perdon, y á esperar poder reparar mi falta.

— Eso le seria á Vd. bastante difícil, caballero.

— ¿Porqué pues?

— Porque no visita Vd. á mi madre, y estos bailes no serán quizá frecuentes.

Esto quiere decir que su puerta está cerrada para mí.

— ¿Sabe Vd., princesa, repuse yo con cierto aire de despecho, que no se debe rechazar nunca á un pecador que se arrepiente? La desesperacion puede hacerlo mas culpable y entónces...

Fuí interrumpido por la estrepitosa conversacion y las risotadas descompuestas de los que estaban cerca de nosotros. Miré y ví á algunos pasos á un grupo de hombres, y entre ellos al capitán de dragones que habia mostrado intenciones hostiles contra la tranquilidad de la preciosa princesa. Parecia extraordinariamente contento, se restregaba las manos, y cambiaba, riéndose con sus compañeros, ciertos signos de inteligencia que comprendí perfectamente. De repente se destaca de ellos un caballero de frac, con bigotes largos y una cara encendida, y dirige sus pasos hácia la princesa: estaba borracho. Parándose cara á cara de ella, y con sus manos á la espalda, comenzó á contemplarla con mirada estúpida, al paso que le decía con voz ronca:

— Permítame Vd.... Vaya, ¿qué tiene Vd.?... La comprometo á Vd. para una mazurka.

— ¿Qué decía Vd.? contestó la princesa turbada, echando á su alrededor una ojeada suplicante. Su madre no estaba allí; no habia en torno suyo ninguna persona que la conociera, excepto uno de los ayudantes de que he hablado, que vió todo, en mi concepto, y que se escabulló entre la multitud por no tomar parte en aquel negocio.

— Y bien, dijo el caballero borracho, haciendo señas al capitán que lo excitaba con la vista, no gusta Vd... es igual, tengo el honor de pedir á Vd. de nuevo una mazurka... ¿Cree Vd. acaso que he bebido? No as nada.... Estoy completamente sereno, se lo aseguro á Vd.

La princesa estuvo á punto de desmayarse de miedo é indignacion. Me acerqué al embriagado, lo agarré del brazo, y mirándole fijamente, le dije que la princesa me tenia prometido bailar conmigo una mazurka.

— A fe mia, poco importa eso, dijo riendo y volviéndose hácia sus camaradas, quienes lo llevaron avergonzados á otra sala.

Yo fuí recompensado por una mirada profunda, divina.

Habiendo hallado á su madre, la princesa le refirió todo; aquella se tomó el trabajo de buscarme entre la multitud para darme las gracias, y decirme que habia conocido á mi madre, y que tenia relaciones con media docena de tias mias.

— No sé en qué consiste que yo no lo conozca á Vd. todavía, añadió, pero no es culpa mia, sino de Vd., que es un poco indómito. Espero que la atmósfera de mi casa disipará su mal humor de Vd. ¿No es verdad?...

Respondí con una de esas frases vulgares, que debe tener un hombre de reserva para estas circunstancias.

Los rigodones eran eternos.

Por fin llegó mi hora, cogí la mano de la princesa y fuimos á ponernos en baile. Me guardé muy bien de hacer ninguna alusion al hombre embriagado, á mi proceder con él, ni á Gruchnitski. La impresion de la escena que acababa de pasar se borraba poco á poco de su imaginacion. Su fisonomía recobró su serenidad; sus chistes eran graciosos, su conversacion espiritual y viva, sus observaciones profundas á veces, y todo sin la menor pretension... Yo la di á entender en una frase oscura que hacia tiempo que me gustaba mucho. Bajó la cabeza y se sonrojó ligeramente.

— Es Vd. un hombre singular, me dijo en seguida, levantando hácia mí sus ojos de terciopelo y sonriendo con aire distraído.

— No queria conocer á Vd. porque se halla rodeada

de muchos adoradores, y temia verme eclipsado absolutamente.

— No tema Vd. nada, porque todos son muy fastidiosos.

— Todos, ¡eh! todos.

Me miró fijamente, como quien procura recordar alguna cosa, se ruborizó otra vez, y articuló con tono decisivo:

— Todos.

— ¿Hasta mi amigo Gruchnitski?

— ¿Es amigo de Vd.? dijo ella con cierta expresion de duda.

— Sí, señora.

— Ciertamente no es del número de los que aburren, pero...

— Es verdad. ¿Le parece á Vd. eso chistoso? Yo quisiera verlo á Vd. en su lugar.

— Pero... me acuerdo muy bien del tiempo en que gozaba de verme cadete, y aun fengo aquella época por la mejor de mi vida.

— ¿Es cadete? dijo bruscamente, y en seguida añadió: Y yo que creia...

— ¿Qué creia Vd.?

— Nada, nada... ¿Quién es aquella dama?

La conversacion cambió y no volvió á tratarse de Gruchnitski.

La mazurka se habia concluido, y nos separamos con la esperanza de volver á vernos.

Las damas se retiraron, me fui á cenar y encontré á Verner.

— ¡Ah, ah! dijo, ¡estais aquí! Y no quereis relacionaros con la princesa si no es salvándole la vida....

— He hecho otra cosa mejor, la he salvado de un desmayo en el baile.

— Refiérame Vd. eso.

— Adivínelo Vd., Verner; ¡Vd. que lo sabe siempre todo!

30 de mayo.

Me paseaba á las siete de la tarde por la calle de árboles inmediata á la fuente. Habiéndome visto Gruchnitski, se acercó á mí con trasportes dignos de risa. Me apretó estrechamente la mano, y me dijo:

— Gracias, Petchorin; ¿me comprendes?...

— No por cierto, respondí; no merezco tu agradecimiento, porque no recuerdo haberte hecho ningun favor.

— ¡Cómo! ¿y ayer?... ¿Lo has olvidado? Pero Mery me lo ha referido todo.

— ¡Muy bien! habeis hecho comunion de bienes, hasta de gratitud.

— Escucha, dijo Gruchnitski, con tono solemne; no te chancees con mi amor, si quieres que sigamos siendo amigos. ¿Ves tú? La amo con delirio, y creo, espero que no lo soy indiferente. Tú irás esta noche á su casa; te ruego que observes con cuidado lo que pase; tú tienes experiencia en esta clase de negocios, y conoces á las mujeres mas que yo. ¡Mujeres, mujeres! ¿Quién podrá comprenderlos? vuestras sonrisas contradicen vuestras miradas, vuestras palabras prometen y atraen, el acento de vuestra voz rechaza... Unas veces adivináis al instante los mas secretos pensamientos, otras no quereis comprender las mas claras alusiones. Tal es la princesa, cuando me miraba ayer, la pasion animaba sus ojos, frios é indiferentes hoy.

— Efecto de las aguas quizá, respondí yo.

— Tú no ves nunca mas que el lado feo de las cosas... ¡Qué materialista que eres!... me dijo con desden; pero dejemos eso.

Y satisfecho con lo que acababa de decir, se puso muy alegre. A las nueve fuimos juntos á casa de la princesa.

Al pasar por delante de la casa de Vera, la ví en su ventana. Nos dirigimos mutuamente una ligera mirada, y muy pronto apareció en la tertulia de la princesa, quien me presentó á su parienta. Vino mucha gente; se tomó el té y la conversacion se hizo general; traté de agradar á la princesa, dije cosas picantes y rió mucho; su hija hubiera querido imitarla, pero se contuvo por no abandonar el aire lánguido que ha adoptado, figurándose, con razon en mi concepto, que le sienta bien. Gruchnitski me ha parecido muy contento con verla resistir á mi buen humor.

Después del té pasó la sociedad al salon.

— ¿Estás satisfecha con mi obediencia? dije á Vera rápidamente y á media voz.

Me dirigió una mirada llena de amor y de gratitud. Yo estoy acostumbrado á estas miradas, y no me han hecho feliz. La princesa puso á su hija en el piano; la rogaron que cantara, yo me callé prudentemente, y aprovechando la ocasion, me retiré al antepecho de una ventana con Vera, que parecia que tenia alguna cosa importante que decirme... Todos sus secretos eran pequenezes.

Se me ha figurado que mi indiferencia mortificaba á la jóven princesa. Su mirada era brillante é irritada. ¡Oh! comprendo perfectamente, hermosa mia, ese lenguaje mudo, expresivo, breve y fuerte. Su voz es bonita, pero canta mal. Por lo demás, no he prestado mucha atencion. Gruchnitski la devoraba con la vista, y repetia á cada paso: « ¡Delicioso, magnífico! »

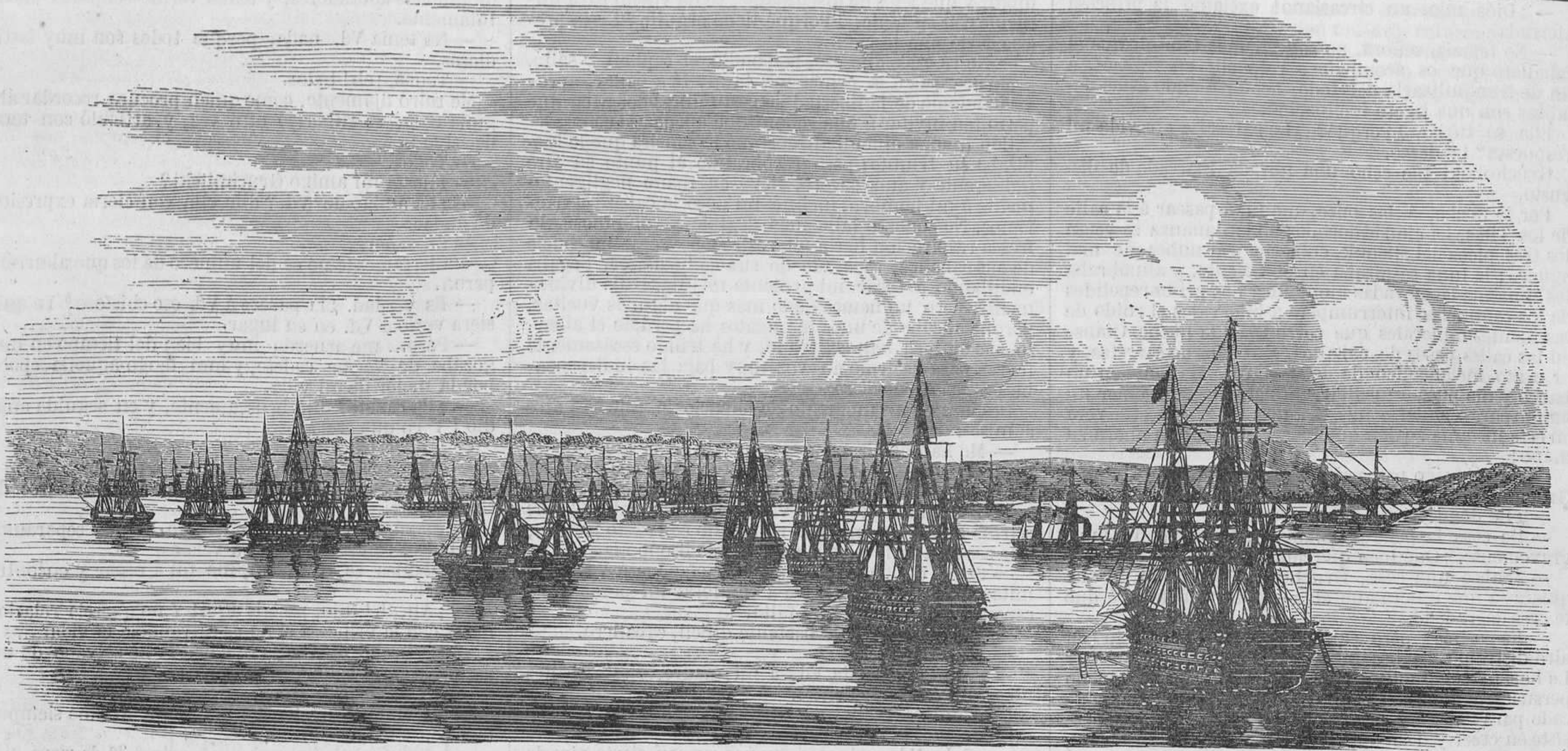
— Escucha, me ha dicho Vera, no quiero que conozcas á mi marido; pero es absolutamente necesario que agradeas á la princesa. Esto te será fácil; tú puedes todo lo que quieres, y no nos veremos mas que aquí...

— ¿Aquí solamente?...

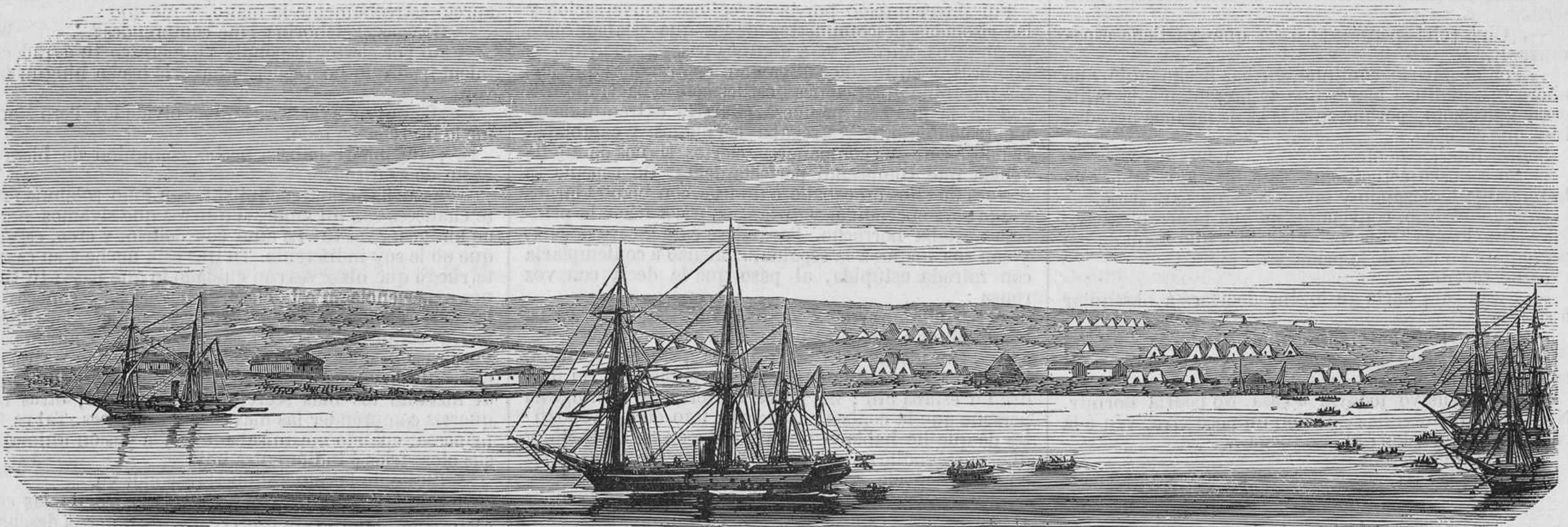
Ella se ruborizó y continuó:

— Ya sabes que soy tu esclava; nunca he podido

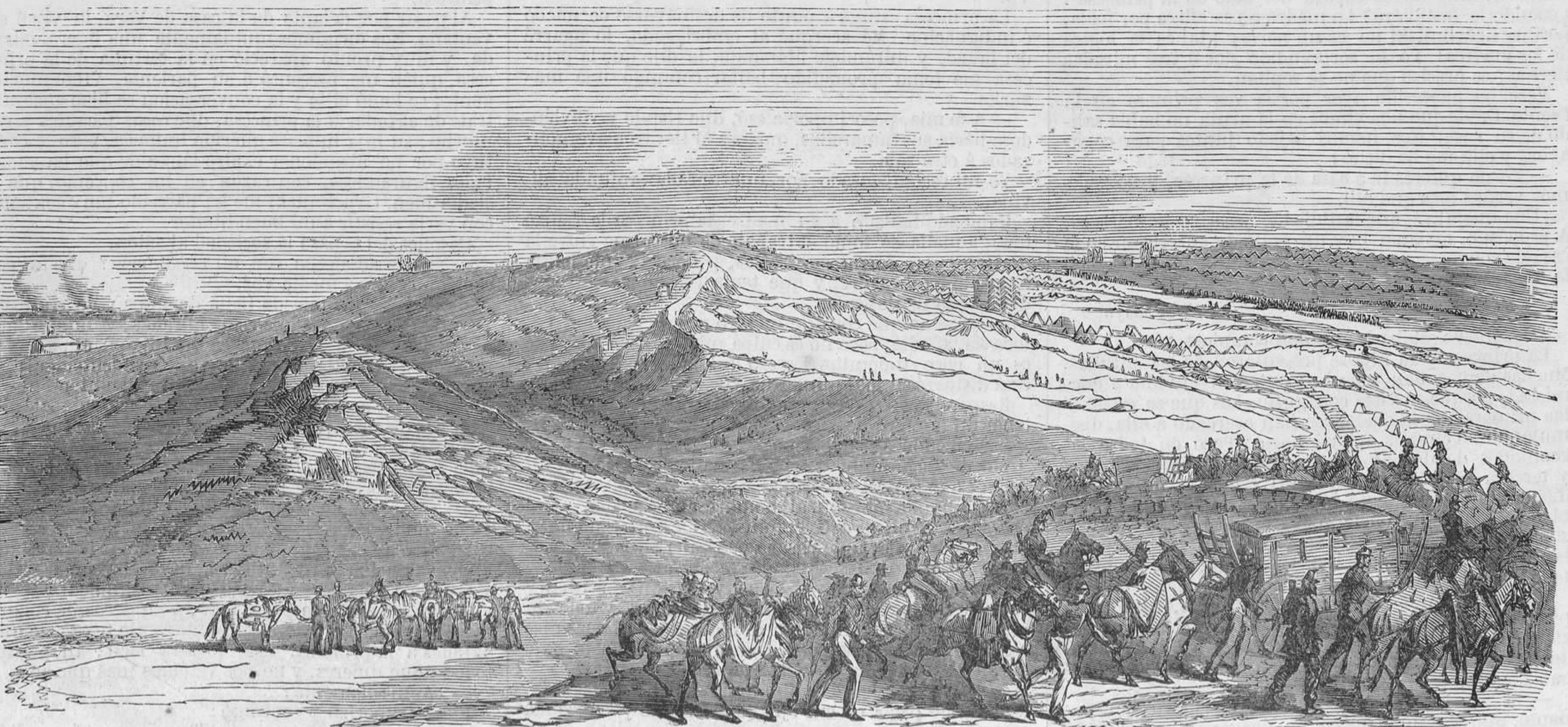
Véase la página 382.



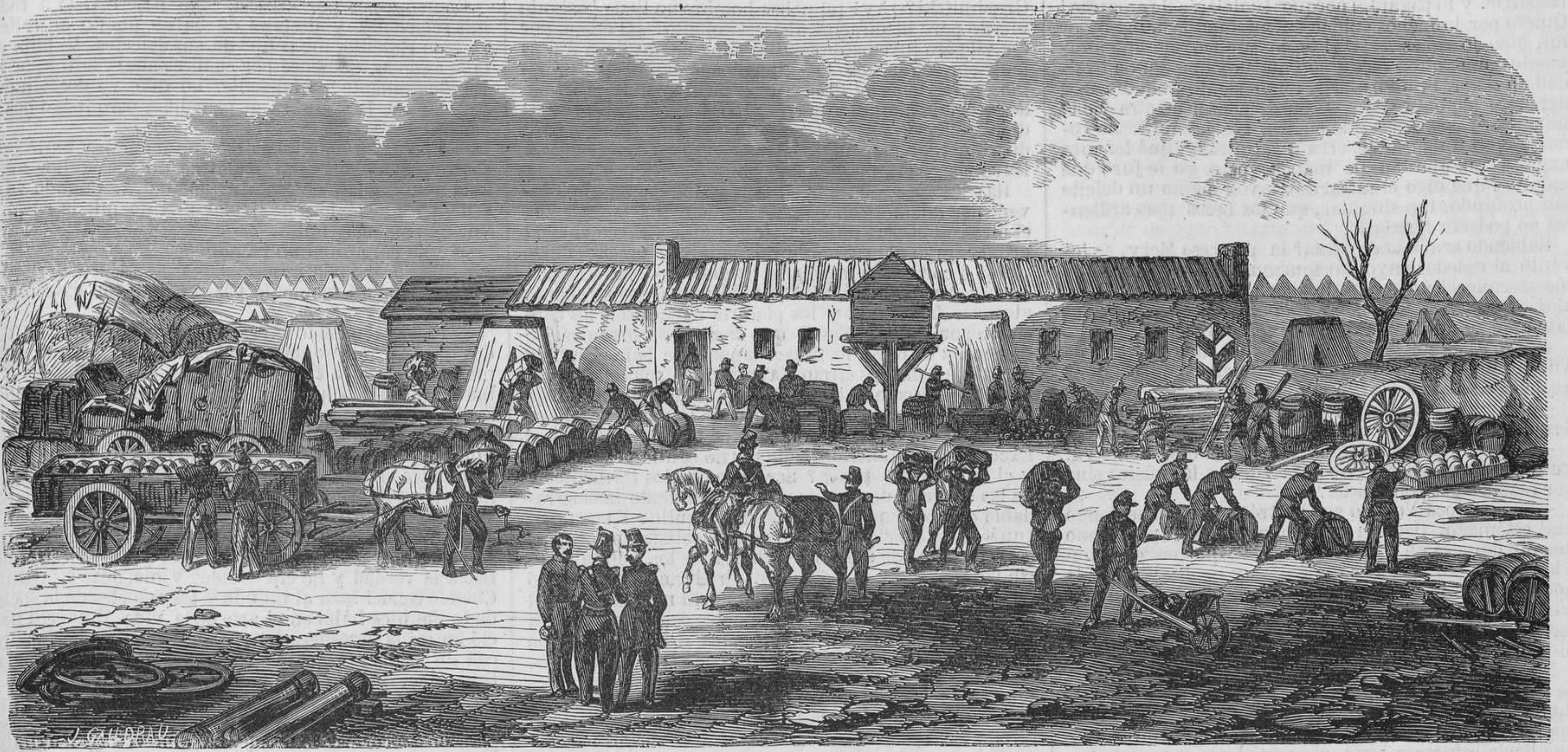
Escuadra del almirante Hamelin en Katcha.



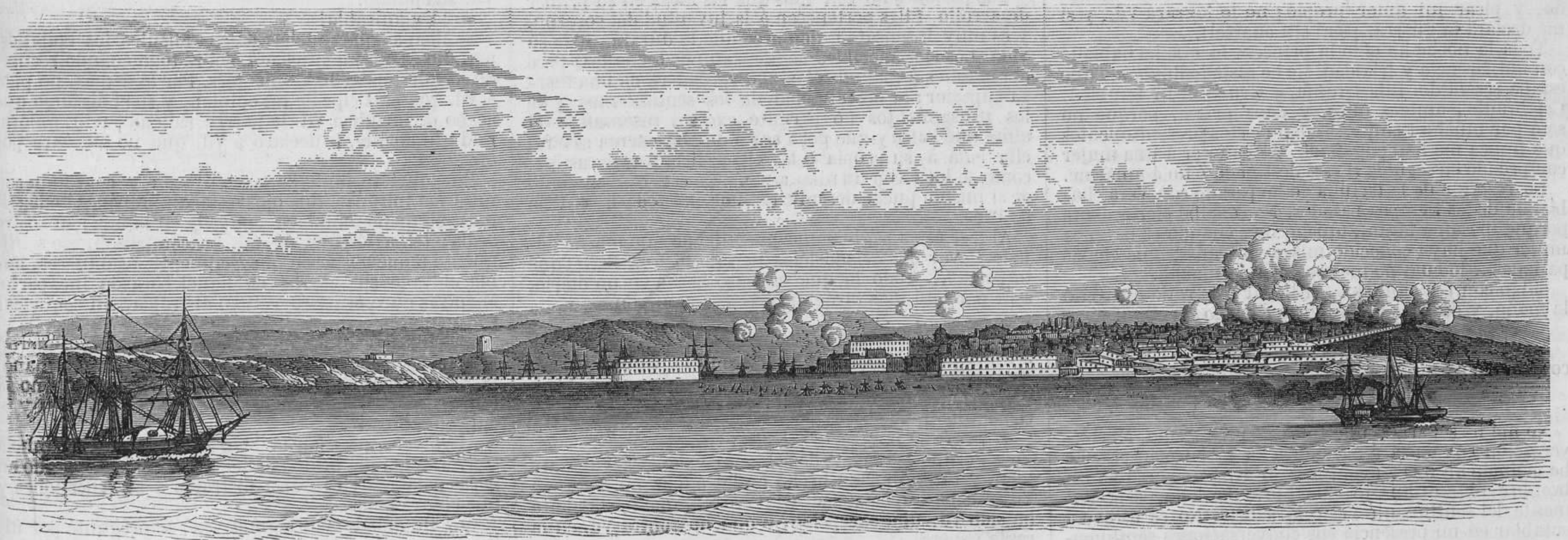
Vista general de la bahía de Kamiesh.



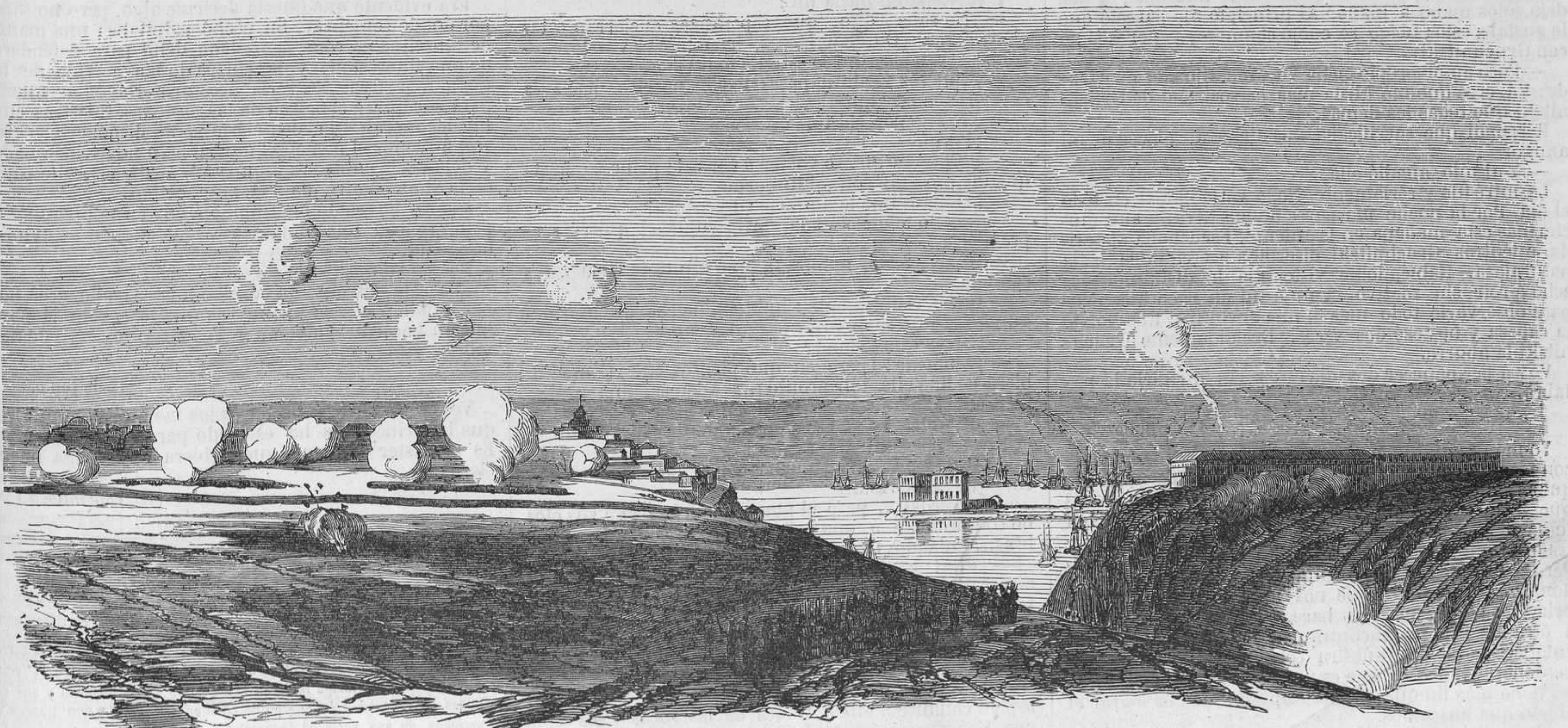
Campamento de la marina de las divisiones 3ª y 4ª; á la izquierda la casa llamada de los zuavos, y un poco hácia atrás la casa Blanca.



Direccion del puerto de Kamiesh.



Entrada del puerto de Sebastopol.



Los cuarteles y el fuerte de San Pablo, que cierra la entrada del Arsenal, en medio del puerto; vista tomada del barranco inglés; á la izquierda las trincheras y las nuevas baterías.

resistirte, y lo pagaré, ¡porque tú dejarás de amarme! Quiero por lo menos cuidar de mi reputación: no por mí, bien lo sabes... ¡Oh! te lo suplico, no me atormentes como otras veces, con dudas vanas y una frialdad afectada. Pronto moriré; me siento cada día más débil, y sin embargo, no puedo pensar en otra vida; no puedo pensar más que en tí... Los hombres no conocen qué dulzura encierra una mirada, qué ternura expresa un apretón de manos; pero yo te juro que cada vez que oigo el metal de tu voz siento un deleite tan profundo, tan singular, que los besos más ardientes no podrían igualarlo.

Habiendo acabado de cantar la princesa Mery, se levantó al rededor suyo un murmullo de alabanzas. Yo me acerqué el último, y le dirigí negligentemente un elogio de su voz. Ella me respondió con un gesto, adelantando su labio inferior de un modo irónico.

— Eso es tanto más lisonjero para mí cuanto que Vd. no me ha escuchado, contestó ella; ¿quizá no le gusta á Vd. la música?

— Muy al contrario, me gusta mucho, sobre todo despues de comer.

— Gruchnitski tiene razon en decir que tiene Vd. gustos muy prosaicos. ¿No goza Vd. con la música sino por razones gastronómicas?

— Se equivoca Vd.; no soy gastrónomo, porque tengo mal estómago. Pero la música adormece, y es sano dormir despues de comer. Así, Vd. ve que tengo afición á la música por razones higiénicas y medicas. Por la noche, al contrario, excita los nervios, lo pone á uno triste ó demasiado alegre; ahora bien, el mal humor en sociedad es ridículo, y una alegría excesiva inconveniente.

No aguardó el fin de mi frase; fué á sentarse cerca de Gruchnitski, que comenzó pronto una conversacion muy sentimental. Me pareció que la princesa respondia á sus frases con distracción y poca oportunidad, y que hacia esfuerzos para aparentar que lo escuchaba, con el objeto de ocultar la turbacion que la agitaba.

Cuidado, encantadora princesa, porque la he adivinado á Vd. Quiere Vd. pagarme con mi misma moneda, y picar mi amor propio; no lo logrará Vd., y si me declara la guerra, ¡será sin cuartel!...

Toda la noche ha oído la princesa lo que he hablado con indiferencia y frialdad. Me he alejado fingiendo que estaba resentido. Ella triunfa, y Gruchnitski también. Celebradlo, amigos míos, y daos priesa, porque no será por mucho tiempo. Tengo ciertos presentimientos que nunca me han engañado. Al conocer á una mujer comprendo en seguida si está destinada ó no á amarme.

Lo restante de la tertulia lo he pasado con Vera, hablando de los tiempos pasados. No concibo ciertamente porque me ama tanto, mucho más cuando es la única mujer que haya conocido mis debilidades, mis malas pasiones... lo cual no me recomienda mucho.

Salgo con Gruchnitski. Al llegar á la calle me cogió la mano, y despues de un largo silencio me dijo:

— Y bien, ¿qué?

Yo queria responderle: « ¡Qué necio eres! » pero me contuve, contentándome con encogerme de hombros.

6 de junio.

No me he separado una línea de mi sistema. Mi conversacion comienza á agrandar á la jóven princesa. Le he contado algunas aventuras mias, y me cree ya un hombre extraordinario. Me burlo de todo, especialmente del sentimiento; esto la asusta. No se atreve á entablar en mi presencia sus conversaciones sentimentales con Gruchnitski, y aun muchas veces ha respondido á sus propósitos con risas burlonas; cada vez que se acerca á ella, afecto un aire muy humilde, y los dejo solos mano á mano. Al principio me pareció que le gustaba esto; luego se enojó conmigo, y por último con Gruchnitski.

— Poco amor propio tiene Vd., me dijo ella una tarde; Vd. cree que me gusta más la sociedad de Gruchnitski que todas las demás.

Respondí que sacrificaba mi dicha al placer de mi amigo.

— Y al mio, añadió ella.

La miré fija y seriamente. No la volví hablar en todo el día. Por la noche me pareció pensativa, y aun mucho más esta mañana en la fuente. Escuchaba distraída, mientras Gruchnitski disertaba acerca de la bella naturaleza. Habiéndome visto ella lo disimuló, y se echó á reír sin motivo. Yo me fui un poco más lejos para observarlo todo más á mis anchuras. Ella volvió la cabeza y bostezó dos veces. Decididamente Gruchnitski la aburre.

Voy á permanecer dos días más sin dirigirle la palabra.

11 de junio.

Yo me pregunto porqué persigo tan obstinadamente con mi amor á una jóven que no quiero seducir y con quien no me casaré jamás. Vera me ama mucho más que lo que podría amarme la princesa Mery. — Si fuese de una belleza extremada, podría verme arrastrado á conquistarla, y las dificultades me agradarían. Pero nada de eso sucede. Tampoco siento esa necesidad dominante de amar que nos atormenta en nuestros primeros años, que nos hace correr de una mujer á otra hasta que encontramos la que nos resiste; entónces comienza nuestra constancia, y esa pasión verdadera, inmensa, que es un misterio insoluble que no tiene más fin que el de la imposibilidad de lograr el objeto que buscamos.

¿Porqué me tomo tanto trabajo? Será por odio á

Gruchnitski? ¡Ay! ¡el pobre hombre no tiene bastante mérito para inspirarme aborrecimiento! ¡O acaso, por ese vil pero invencible sentimiento que nos lleva á destruir sin compasión los alhagüenos errores del próximo, para tener el placer de decirle cuando pregunte desesperado lo que debe creer: Lo mismo me ha sucedido á mí, y sin embargo, tú ves que cómo ceno y duermo regularmente; además, espero morir sin lágrimas ni grandes lamentaciones.

Hay un goce indecible en la posesion de un alma jóven, flor que abre apenas su capullo, y que embalsama el aire con el perfume que le arranca suavemente el primer rayo del sol de la mañana. Es preciso darse priesa á cortarla y arrojarla: algun otro la recogerá tal vez. Yo siento en mí una avidez que devora cuanto alcanza. Las penas y los placeres ajenos solo los considero por las relaciones que tienen con los míos. Yo soy capaz de hacer locuras cuando vivo bajo el influjo de una pasión. Las circunstancias han sofocado en mí lo que se llama ambición, pero esta se reproduce bajo otras formas, porque no es más que la sed de dominar, y mi mayor placer es someter todo lo que me rodea. Excitar amor, adhesión, temor, ¿no es á la vez el signo y el triunfo del poder? Ser causa de los tormentos y de las alegrías de otro, ¿no es el alimento más agradable que podemos dar á nuestro orgullo? Y en suma, ¿qué es la felicidad? ¡El orgullo satisfecho! Si me creyera el mejor ó el más poderoso de los hombres sería feliz; si todos me amaran, ¡hallaría en mí mismo manantiales inagotables de amor! El mal engendra el mal; nuestro primer sufrimiento nos da poder y ciencia para atormentar á otro, y la idea del mal no puede nacer en un hombre sin que tenga deseo de ejecutarla. Las ideas son seres orgánicos; su nacimiento les da forma; esta forma es la acción. Aquel cuya cabeza encierra más ideas, aquel obra más; por eso el hombre de genio sujetó á un mostrador debe morir ó volverse loco, como un hombre cuya constitucion fuerte le dará una apoplejía si se ve obligado á vivir sentado y de una manera muy regular.

Las pasiones no son más que las ideas en su primer desarrollo. Ellas pertenecen á la juventud del corazón, y es muy insensato quien cree que le durarán toda su vida. Los rios apacibles comienzan por torrentes; pero el reposo es á menudo el signo verdadero de una fuerza superior; la profundidad de los sentimientos y de los pensamientos no permite excesos insensatos; el alma que sufre y que goza se da de ella cuenta severa; ella baja á su propia vida, ella se lisonjea, se castiga, como se hace con un niño amado. En este conocimiento de sí mismo puede descubrir el hombre toda la justicia de Dios.

Al leer estas páginas me apercibo de que me he dejado llevar demasiado lejos de mi objeto... Pero ¿qué importa?... Todo lo que el acaso hecha en un diario, será para mí más tarde un precioso recuerdo.

Gruchnitski acaba de venir á mi casa. Se ha echado á mi cuello; ha sido nombrado oficial. Hemos bebido champaña. El médico ha entrado poco despues de él.

— Yo no le felicito á Vd., le ha dicho el médico á Gruchnitski.

— ¿Porqué no?

— Porque ese capote de soldado le sienta á Vd. muy bien, y un uniforme hecho en las aguas no le dará á Vd. mucha importancia. Observe Vd. que hasta ahora ha sido Vd. una excepcion, y que hoy entra Vd. en la regla general.

— Diga Vd. cuanto guste, señor médico, no dejaré de celebrarlo.

Y volviéndose hácia mí:

— ¡No sabe, dijo, qué esperanzas encierran estas charreteras! ¡Oh, charreteras, charreteras! vuestras estrellas serán para mí la estrella matutina.

— ¿Quieres venir á pasearte con nosotros hácia la caverna? le pregunté.

— ¿Yo? no por cierto.

— ¿Porqué?

— Porque no quiero volver á ver á la princesa, hasta que me presente con mi uniforme.

— ¿Quieres que le anuncie tu ventura?

— No, no le digas nada, te lo suplico; quiero sorprenderla...

— Dime, por lo menos, á qué altura te encuentras con ella.

Se turbó visiblemente: hubiera querido ostentar orgullo, pero no tuvo valor para hacerlo.

— ¿Crees que te ama?

— ¡Amarme! ¿pero en qué piensas tú? ¿Cómo hubiera podido ella tan pronto?... Además, una mujer bien educada no confiesa nunca que ama.

— Muy bien, ¿y en ese caso un hombre debe también ocultar su pasión, si se estima?

— Amigo mio, hay muchas cosas que no se dicen, sino que se adivinan.

— Es verdad... pero el amor que leemos en sus ojos no compromete á una mujer, mientras que las palabras... Cuidado, Gruchnitski, ella se burlará de tí.

— ¡Ella! respondió levantando los ojos al cielo con aire satisfecho de sí mismo, ¡te compadezco, Petchorin!

Y partió.

Por la noche, salió una sociedad muy numerosa en dirección de la caverna.

La caverna está situada sobre el Michuk; un sendero rápido conduce á ella á través de las rocas y los espinos. La princesa aceptó mi brazo y no lo soltó durante todo el paseo.

Comenzamos por criticar: yo pasé revista á todas mis relaciones, y despues de haber puesto en relieve su lado ridículo, me ocupé de sus defectos. Mi bñlis estaba agitada. Comencé por chancearme, y acabé por ser verdaderamente maldiciente. Lo que yo decia habia agrado á la princesa al principio, pero luego acabó por asustarla.

— Es Vd. un hombre peligroso, me dijo, y tanto quisiera verme expuesta al puñal de un malhechor como á la malignidad de vuestra lengua.... Cuando se le ocurra á Vd. la idea de hablar mal de mí, le ruego á Vd. que me mate ántes.

— ¿Me pareceré á un bandido?

— Es Vd. todovía peor.

Reflexioné un momento y le respondí con extremada concion:

— ¡Ah! tal ha sido mi suerte desde mi infancia. Todos leían en mi fisonomía defectos que no tenia; pero me dieron la idea de ellos y nacieron. Era modesto y me acusaron de hipócrita; entónces me hice reservado. Sentia vivamente el bien y el mal, y se empeñaron en ofenderme; me hice vengativo. Era más serio que los niños de mi edad, sentia más que ellos, me rebajaron, y me hice envidioso. Estaba bien dispuesto para amar, nadie me comprendió, y aprendí á aborrecer. Mi juventud se deshizo en esos combates entre el mundo y entre mí. Temia la ironía, ocultaba en el fondo de mi corazón mis mejores sentimientos, y allí perecieron. Decia la verdad y no era creído, y me puse á mentir. Cuando conocí bien al mundo y los resortes de la sociedad, me hice hábil en el arte de la vida. Entónces nació en mí la desesperacion, no la violenta que se cura con un pistoletazo, sino otra que es más temible, fría, impasible, que se encubre con la máscara de la amabilidad y una sonrisa indiferente. Me mutilé moralmente; media alma existia, la otra mitad se secó, se evaporó, pereció. La corté y la arrojé. La que vivia se agitaba sin que á nadie le interesase, sin que nadie sospechara lo que habia perdido. Me ha recordado Vd. hoy que está muerta la mitad de mí mismo, y yo le he hecho á Vd. su epitafio.

— ¡Y admirable!

— Bien sé que muchos creen ridículos los epitafios, pero no es esa mi situación, sobre todo cuando recuerdo lo que reposa bajo mis piés. Por lo demás, no pido á Vd. que participe de mi opinion, y si el discurso que acabo de dirigir á Vd. le parece ridículo, reid, señora, reid libremente, le declaro á Vd. que no me daré por ofendido.

En aquel instante se encontraron y confundieron nuestras miradas. Sus ojos estaban preñados de lágrimas; su mano temblaba apoyada en la mía; su rostro ardia; tenia lástima de mí. La compasión, ese sentimiento á que obedecen tan fácilmente las mujeres, habia clavado sus garras en aquel corazón inexperto. Mientras duró el paseo, estuvo distraída, sin coquetear con nadie, lo cual es buena señal.

Llegamos al fin de nuestro paseo; las damas dieron las gracias á sus caballeros; pero ella no soltó mi mano; la profundidad del golfo que teniamos delante no la asustó, al paso que las demás señoras gritaban y se cubrian el rostro.

Al volver, me guardé bien de renovar la sombría conversacion del principio del paseo; ella respondió en pocas palabras y con aire distraído á mis cuestiones y mis chanzonetas.

— ¿Ha amado Vd. alguna vez? le pregunté por último.

Ella me miró fijamente, meneó la cabeza, y se sumergió en sus pensamientos.

Era evidente que queria decirme algo, pero no sabia por donde comenzar. Su pecho palpitaba; una manga de muselina es cosa demasiado débil para defenderse de una impresion, y la chispa habia corrido de mi mano á la suya. No seria necesario remontar mucho para encontrar el origen de las pasiones. Nuestras cualidades morales pueden ciertamente disponer el corazón á recibir el fuego del amor, pero no deciden nada, y dejan este cuidado á alguna circunstancia, que parecería vana en otro día ó en otra ocasion.

— ¿No he estado bien amable hoy? me preguntó la princesa con una sonrisa forzada, cuando estuvimos de vuelta.

Nos separamos.

Ella está descontenta consigo misma; ella cree haber estado fría... Paso muy avanzado es este. Mañana querrá hacérmelo olvidar... Todo esto lo sé yo de memoria, y me causa enojos.

12 de junio.

Vengo de ver á Vera. Sus celos me atormentan. Creo que la princesa la ha escogido para confidenta suya. Es menester confesar que hubiera hecho una buena eleccion.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — El último sport de Longchamps. — Curiosidad de las carreras de caballos. — Proyectos de viaje del rey de Taiti y de la reina Pomaré. — Un príncipe indio en Londres. — La Exposicion y sus comidas. — Un tambor del cuerpo de bomberos emplea 2,000 francos en acciones de una sociedad industrial. — Respuesta del director de la compañía. — El paleto-moñeñor. — Los amos transformados en lacayos, gracias á las levitas largas y otras novedades. — Los chalecos de fel-

pilla. — Los trajes de los niños. — Descripción del figurin de este número.

El último sport de Longchamps ha terminado la temporada de las carreras de un modo brillantísimo. Todo lo mas escogido de París estaba allí; en adelante el bosque de Boulogne luchará valerosamente con Chantilly. Ha sido muy bien pensado el poner el sitio de las carreras en el centro de la elegancia. El gusto por las carreras de caballos es muy propio de una nación que aspira á ser la primera del universo; los árabes y los tártaros deben quizá su vigor á su afición á los caballos, y acaso la fuerza de los ejércitos rusos proviene de esa inmensa yeguada que llaman la *Ukrania*.

¿Porqué la nobleza de Francia ha tenido la suerte de la *grandeza de España*? ¿Porqué los hijos de aquellos famosos paladines de las cruzadas no conservan la estatura y la robusta constitucion de sus padres? Porque ya se acabaron los torneos, y los caballeros no son ya *caballeros*... Afortunadamente se vuelve á lo antiguo, y la juventud francesa rivaliza con la de Inglaterra en su pasión por los caballos. En esas reuniones del buen gusto se habla de todo, de la guerra, de la ópera, de las modas y de la Exposicion. ¡Qué hermosa galería de tipos, de trajes y de excéntricos de todos los países del mundo verá destilar París en aquel momento!...

Uno de los reyes de Taití tiene ajustado ya su pasaje; quizá nos traiga á la reina Pomaré. En Londres se espera á un príncipe riquísimo de la India, el *Muharajah-Muxender-Sing-Malmider-Bahadon de Puttialali*!... ¡Qué buena serie de nombres, todos suaves y sobre todo sonoros, pues el opulento indio para su estancia en Londres se ha hecho abrir un crédito de *doce millones*!

Después vendrá á París con la tribu que trae de comitiva. — Ya que hablamos de la Exposicion, dirémos que se ha reunido una sociedad industrial para dar magníficos banquetes con el título de *Comidas de la Exposicion*. Ultimamente un pobre tambor de bomberos envia una suma de 2,000 francos á la administracion para comprar acciones; su demanda conclua con esta observacion interesante:

— Confío á Vds. mis economías de diez años que acabo de retirar de la caja de ahorros; es todo cuanto poseo.

El director de la sociedad respondió:

— Dispénsese Vd. este consejo, pero cuando no se tienen mas que 2,000 francos es imprudente comprometerlos en una empresa por buena que parezca; le devuelvo á Vd. 1,800, y el resto va en acciones; solo la leccion vale estos 200 francos.

De Vd., etc.

Mis lectores me van á decir que porqué les hablo ahora de tambores, pero justamente me conviene muchísimo hacer ruido para anunciar una novedad extraordinaria, sorprendente, que nos llega en línea recta de Inglaterra, y que llaman *paletó-monseñor*.

No es decir que para llevarle se necesite ser un gran señor, nada de eso, le lleva todo el mundo, es decir, todo aquel que quiere barrer las calles con el faldon de su levita.

Este paletó (voy á hablar en estilo de sastre) no se compone mas que de dos piezas. Primeramente se dispone la espalda por el lado del pliegue del paño, con el fin de que salga todo de una pieza. La espalda y la manga se llevan toda la anchura del paño, y las mas veces no basta, en cuyo caso es preciso añadir un largo mas de donde sale el bajo de las mangas. El delantero se dispone del lado opuesto. Se ponen bolsillos á lo largo y una doble hilera de alamares en presillas á iguales distancias. En cuanto al forro es adecuado al gusto de la prenda, esto es, se escoge de alta fantasia.

Como esta prenda desconocida hasta el dia se reserva para los rigores del frio, se forra comunmente de cachemira blanco de Escocia, de felpilla de seda, y aun á veces se forra tambien de pieles finas. Con un forro de pieles, este paletó puede llamarse propiamente *paletó-monseñor*.

Pasemos ahora á las otras modas.

Desde el mes último, los trajes de sairé, de teatro ó de concierto no han experimentado el menor cambio; lo que mas ocupa en este momento al mundo elegante es el paletó, que se hace de mil formas, aunque muy largas todas ellas, lo que está muy lejos de ser gracioso. Los unos representan grandes é interminables levitas á la propietaria, que transforman á los años en los criados, menos los botones que no llevan cifras; otros que tienen el aspecto mas ó menos ancho, presentan puestos sobre el hombre una forma de campana; otros, en fin, se cubren de cauchú, y el que los lleva va tan lustroso como una bota charolada.

Se dice, aunque esto no es oficial, pues el *Monitor* no ha pronunciado sobre el asunto una palabra, que las levitas dejarán de ser largas para la próxima primavera. La moda es muy capaz de reducir la levita al estado de chaleco de franela. Ya lo veremos. Mientras tanto podemos asegurar que están haciendo furor los chalecos de felpilla. Los chalecos de solapas se llevan para por la mañana y aun para vestir; esto depende de la disposicion de las felpillas. El dibujo mas rico consiste en una felpilla de seda ondulada, que forma una raya gruesa en relieve, al lado de otra pelada, digámoslo así, como el terciopelo. Tambien se ejecuta este mismo trabajo formando cuadros de seda de pelo largo, sobre un fondo aterciopelado liso.

Hay tambien felpillas sombreadas, rizadas y de aguas para los jovencitos mas aficionados á las novedades. El terciopelo de lana se ha hecho ya bastante vulgar.

Los niños llevan bonitos vestidos, muy confortables, aunque cortos y sueltos. Afortunadamente se han libertado de la horrible moda de los faldones que arrastran. Para niños de cinco á ocho años se hacen muchos paletós-sacos de terciopelo negro, verde de córte y granate. La forma no varia; el largo llega solo á las rodillas, y cierran derechos hasta arriba; no llevan cuellos; las mangas son anchas y abiertas y se redondean por abajo. Estos paletós se hacen de paño, de terciopelo de lana ó de chinchilla; pero para esto es preciso que los niños tengan ya de ocho á once años.

Tambien se ven algunas chaquetitas redondas poco largas. A los once años, los elegantes en ciernes llevan ya levitas

cruzadas abotonadas sobre el pecho y un *sobretodo de noble* proporcionado á su estatura. Por último, el traje se completa con un chaleco de chal cruzado, y un pantalon derecho de la misma hechura que los que llevan los hombres de treinta años.

Terminaré mi revista de hoy con la descripción de nuestro figurin donde se ve un gracioso conjunto de trajes diferentes y variados.

El primer personaje lleva uno de esos sobretodos adoptados por los elegantes. Visto por detrás el talle es largo y ajusta bien á las caderas; no tiene costura en medio de la espalda, los faldones son dobles. Este sobretodo sirve para cubrir cualquier traje, á la condicion de que sea de medio vestir, levita ó frac de montar á caballo.

El chaleco es de felpilla de seda ondulada, cruzado sobre el pecho con solapas y una doble hilera de botones y ojales; el pantalon de tela de fantasia lleva bandas en las costuras interiores, y es bien redondo por abajo.

El hombre de veinticinco á treinta y cinco años que viene despues, ofrece el aspecto de los trajes que se llevan al teatro; Compónese de un frac de paño negro, respunteado al rededor á borde abierto; figura de cuello en M, solapas con mucha vuelta; talle al busto, faldones largos, rectos por delante y forrados de seda; mangas anchas con abertura y dos ojales (este no se lleva comunmente).

Chaleco de piqué blanco, abotonado solo con tres botones, chal ancho, redondo y dejando la camisa bien descubierta.

Pantalon de satin tricotina semi-ajustado que sienta bien sobre el zapato de charol, con trabillas ó sin ellas.

Con la tercera figura vemos un sobretodo *señorial* por delante (en primer término del mismo figurin se ve por detrás); lleva grandes solapas que se abotonan, si se quiere, hasta arriba, por cuyo motivo la anchura de pecho se fija sobre los gruesos de busto del hombre que ha de gastar la prenda. Este sobretodo es de *moos-cloth* natinado; verde de córte.

Debajo se lleva, como vestido ajustado, una levita de *articulado* fino color de castaño, cruzada sobre el pecho con cuello de tapa de terciopelo.

Chaleco de fantasia cerrado á voluntad; pantalon ajustado á la rusa, pasado bajo altas botas.

Este figurin en donde se hallan reunidos los trajes mas á la moda entre los hombres de mundo, termina con un bonito vestido de niño de seis á siete años.

La pieza principal, la chaquetilla, es de terciopelo color de violeta, género Pompadour, que indica las líneas del talle y se abotona derecha, abierta por abajo á la Luis XVI; los bordes exteriores van adornados con un galon de seda cosido llano; mangas con adornos de cinta y otras interiores de nanzu. Una pequeña falda muy ancha y plegada bajo el corpiño, hace de las dos piezas reunidas como una especie de túnica á la mosquetero muy agradable á la vista.

Pantalon de punto flexible y blando, que apenas cubre la pantorrilla; botines altos y zapatos de charol; sombrero de fieltro de ala grande.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Pormenores estratégicos sobre el ataque de una plaza.

Una plaza fuerte, en general, lo mismo que una ciudadela, se compone de muchas partes diferentes, á saber: de un cuerpo de plaza propiamente dicho, esto es, de un recinto con bastiones que presenta mas ó menos frentes, y de obras avanzadas para proteger el cuerpo de la plaza, y ocultar su vista á los golpes del enemigo. Estas obras llamadas exteriores, obligan al ejército sitiador á una sucesion de ataques para su toma, y multiplican sus trabajos, hacen sus pérdidas mas considerables, y sobre todo alargan mucho la toma de la plaza. La primera de estas obras exteriores es el foso, cuyas dimensiones se hallan calculadas de modo que la excavacion suministre las tierras necesarias para la formacion de la muralla y del parapeto que la corona. Cuando los fosos de una plaza están llenos de agua naturalmente aumentan las ventajas de su defensa.

Viene despues la *tenaza*, una obra pequeña practicada delante de la *cortina* (la cortina es una parte en línea recta que une los bastiones de dos en dos) cuyo objeto es cubrir las puertecillas por donde la plaza comunica con su foso, y poner al abrigo á las tropas que en el foso puedan reunirse.

Delante de la tenaza se extiende la *media luna*, obra que flanquea con sus fuegos los bastiones colaterales; los defensores se comunican del cuerpo de la plaza con la tenaza por la puertecilla, y de la tenaza á la media luna por un estrecho desfiladero cubierto de derecha á izquierda por un desfiladero; en fin, todas esas obras exteriores se hallan ligadas entre sí por una especie de recinto nuevo llamado *camino cubierto*, que envuelve todos los trabajos, y que mediante su relieve, impide que el enemigo pueda ver desde el campo las obras de fábrica de la plaza.

Este camino cubierto no es otra cosa que una fortificacion de tierra; se compone de una parte plana contigua á la línea exterior del foso de la plaza, bastante ancha para que los sitiados puedan maniobrar con facilidad, y despues de una pendiente suave que conduce á una *banqueta*, ó nueva parte plana que ocupan los defensores del camino cubierto, protegidos por delante por una masa de tierra que constituye con la banqueta y su escarpe, lo que llaman *parapeto*, y que los cubre casi enteramente. Esta masa protectora tiene hacia el campo una inclinacion suave que llaman *glacis*.

Establecidos estos primeros puntos, será mas fácil comprender los trabajos del sitiador para llegar al pié de la brecha ó abertura practicada por el cañon en las murallas del cuerpo de la plaza y que debe dar paso á las columnas de ataque.

Las operaciones de un sitio pueden dividirse en cuatro partes; el cerco que toma el nombre de bloqueo en cuanto el sitio tiene por objeto cortar las comunicaciones de la plaza con el exterior; se efectúa por un cuerpo de tropas cuya fuerza depende de los recursos que puede oponer la guarnicion, y de la proximidad y composicion del ejército que probablemente intentará sostener á la guarnicion: el cerco debe establecerse en la mayor proximidad de la plaza. — La segunda operacion es el establecimiento de los campos; por lo regular se tiene ya levantado el plano en el estado-mayor general, y las tropas se dirigen á los puntos que les están señalados. Si hay poblaciones cerca se acantona en ellas á los soldados.

El reconocimiento consiste en un plano de la plaza y de sus cercanías, sobre el cual se establecen las medidas y los medios de ataque. Durante el reconocimiento llegan al parque de sitio las municiones y provisiones, y se concluye la construccion de las faginas y gaviones tan necesarios para el ataque. Despues se determina con cuidado el frente por el cual se atacará á la plaza, y naturalmente se elige el mas débil, que es lo que han hecho los comandantes del ejército delante de Sebastopol. Pero los rusos han podido establecer obras de fortificacion y de defensa delante de la plaza á fin de detener á las tropas aliadas; es un incidente que no siempre puede evitarse en estos dramas, y que es bien preciso tener en cuenta.

Decidido ya el punto de ataque, se determina ante todo el punto que han de ocupar los depósitos de trinchera, almacenes donde se reúnen los medios de ataque necesarios para los ingenieros. Se colocan regularmente en las aldeas, ó en las zanjas, y luego se ahuyentan los puestos exteriores del enemigo á quien se obliga á volver á la plaza, pues su presencia perjudicaria el que adelantaran los trabajos. Todo esto no es mas que preparatorio y se ejecuta en muy poco tiempo, para que el otro dia de la llegada de las tropas delante de la plaza, se puedan principiar los trabajos de sitio propiamente dichos.

Los oficiales de ingenieros determinan, por medios que seria superfluo detallar, la direccion de las *capitales*, esto es, de las líneas que dividen en dos partes iguales los ángulos salientes de la fortificacion, direccion indispensable, y despues la de la última paralela trazada en la noche siguiente.

Llegamos ya á los trabajos del ataque; á contar de este momento, cada dia y cada noche los sitiadores adelantan mucho camino sobre la plaza.

Vauban es el inventor de ese sistema de paralelas, ó grandes fortificaciones circulares, paralelas á las obras de la plaza que se abren en el suelo y se establecen serpenteando sobre la direccion de las capitales, á fin de que los fuegos de la plaza hagan el menor daño posible, y de hallarse siempre á cubierto mientras se camina hacia la plaza. Las paralelas tienen tambien por objeto el proteger contra las salidas de la plaza el trabajo de los caminos serpentinicos. Las paralelas que son tres, abrazan el frente que se ataca y los fuertes colaterales.

La primera paralela, cuya direccion se apunta previamente por los oficiales de ingenieros, se abre en la primera noche del sitio propiamente dicho, y esto es lo que se llama *abrir la trinchera*. Fácil de conocer es la razon que determina á emprender de noche este trabajo; de dia, los trabajadores, enteramente descubiertos, se hallarian expuestos al fuego de la plaza, en tanto que al fin de la primera noche tienen ya formado delante un parapeto con la tierra que sacan de las zanjas, que los cubre lo bastante. Esta paralela se establece ordinariamente á 600 metros de la plaza; á veces se acerca mas; entonces sirve de *segunda paralela*, y se traza á la *zapa volante*, es decir, que cada trabajador tiene la tarea de llenar el gavion que ha traído, y que el oficial coloca delante de él en la direccion que se da previamente á la paralela; (un gavion es como un cilindro hueco de zarzos de un metro de alto). Una serie no interrumpida de estos gaviones, colocados juntos y llenos de tierra, forma el parapeto ó masa protectora de la segunda paralela; el de la primera es de tierra.

Los obreros son zapadores del arma de ingenieros y soldados de infantería que designa por escalafon el mayor de trincheras, un oficial superior encargados de disponer los servicios. Se hallan al abrigo de las sorpresas, por lo que llaman tropas de proteccion, cuya fuerza debe ser igual á la de la mitad de la guarnicion de la plaza. Dicen que Sebastopol tiene de guarnicion 34,000 hombres; de modo que esa guardia debe constar de 17 á 18,000 hombres. Estas tropas de proteccion se colocan delante de la paralela, guiadas por oficiales de ingenieros; destacan avanzadas, y deben rechazar las salidas que podría intentar el enemigo para molestar á los trabajadores. De este modo, la primera paralela se halla casi concluida en una noche; al llegar el dia nuevos trabajadores la completan y la perfeccionan.

Por la noche se cubren los caminos serpentinicos de que ya hemos hablado, y que deben conducir en seguridad á los sitiadores hasta la segunda paralela, establecida á 300 metros de la primera, avanzando á la plaza. Durante la operacion de la primera paralela la artilleria determina á 60 ó 80 metros mas adelante de esta paralela el sitio de las baterías

de cañones, morteros y obuses destinados á apagar los fuegos de la plaza, que tienen acción sobre la marcha de los ataques.

De esta manera nos hemos acercado á 300 metros de la plaza. Entonces se emprende la segunda paralela, como hemos dicho, á la zapa volante. Ordinariamente este trabajo se comienza la cuarta noche. Durante este tiempo, la artillería transporta sus piezas para formar las baterías de la primera paralela; regularmente el fuego de la artillería no se rompe hasta el quinto día.

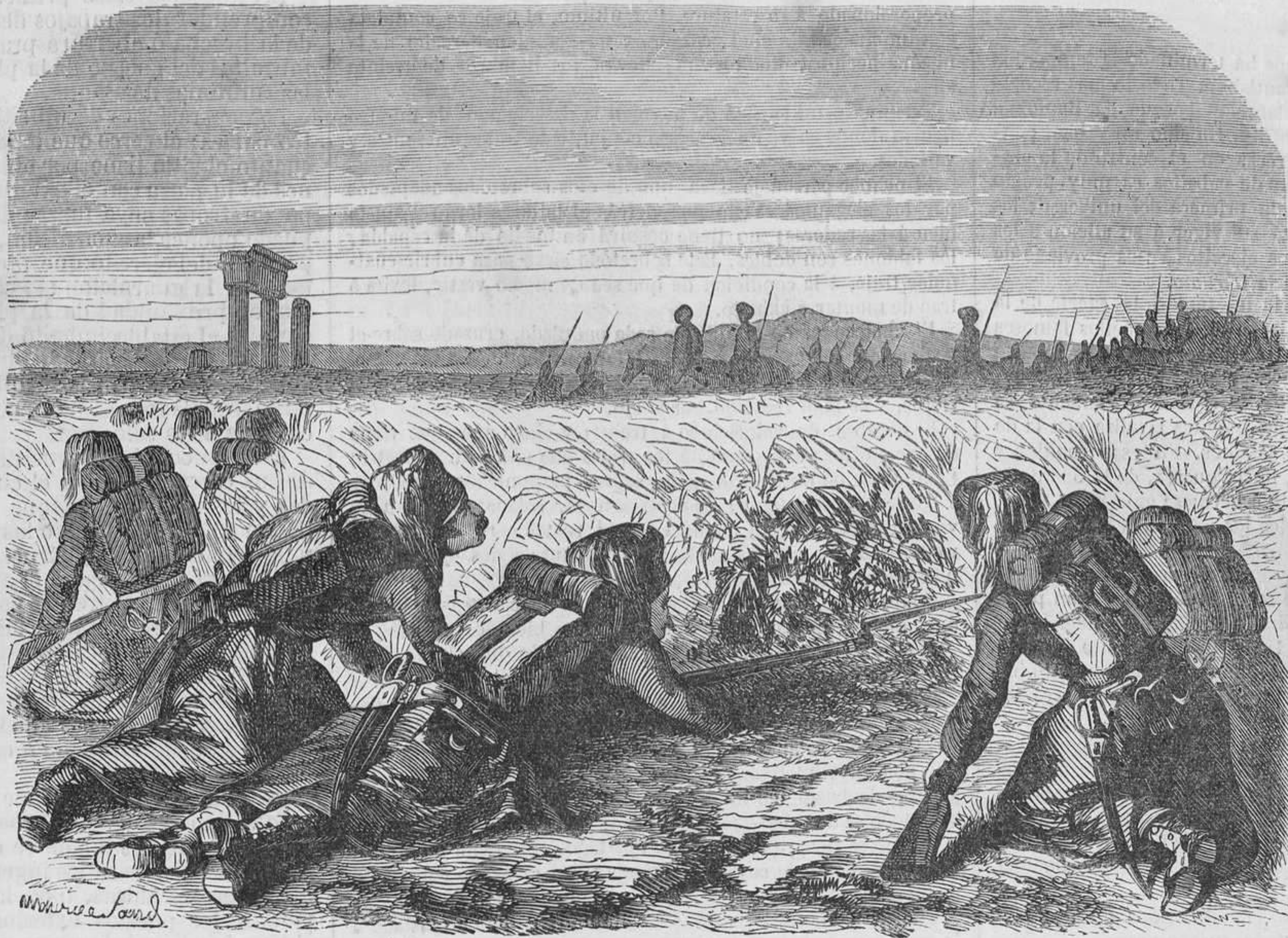
Después se practican nuevas comunicaciones serpentinadas de noche y de día que conducen al sitiador al pié del glacis, donde se establece la tercera paralela. Se construyen nuevas baterías; aquí el trabajo se hace muy difícil, y aunque el fuego de las baterías los protege, los defensores tienen que sufrir ya el fuego de la plaza, que muy á menudo les obliga á trabajar á la zapa llena, y sobre todo en los canales que deben llevar á los sitiadores sobre la cresta del camino abierto. La zapa llena se ejecuta por pelotones de zapadores armados con corazas á prueba; cada peloton se compone de cuatro hombres que conducen alternativamente la cabeza de las obras.

Los zapadores trabajan de rodillas, se cubren á medida que abren la tierra hácia adelante, con un gavión relleno de lana que van empujando á medida que adelantan con un gancho de mango largo. Este gavión se halla á prueba de balas; por los lados se cubren con la tierra de las excavaciones; este trabajo supone que la artillería de las baterías ha apagado casi enteramente los fuegos de la plaza; sin esto sería muy peligroso y tendría que recurrirse á practicarle de día.

Ahora se trata de establecerse sobre la cresta del camino abierto, esto es, se trata de coronarle, lo que se practica de dos maneras, ó de viva fuerza o palmo á palmo. Delante de la tercera paralela, se han establecido ya nuevos morteros, obuses, y aun pedreros, y bajo su protección se desemboca de esta paralela á la zapa llena para apoderarse del camino cubierto.

El ataque palmo á palmo es preferible y consiste en llegar á la zapa llena, desde la tercera paralela hasta la cresta del camino cubierto; por lo regular dura de cinco á seis días. Entonces se construyen escalones para bajar al camino cubierto, del que es preciso arrojar al enemigo; aquí hay siempre un combate sangriento, pero la victoria es por lo regular del sitiador. Las tropas una vez dueñas del camino cubierto, se quedan en él una hora, en cuyo tiempo se corona el camino cubierto, después de lo cual se retiran á retaguardia, y entonces se procede al establecimiento de las baterías para abrir la brecha y de las contra-baterías que acabarán de apagar al mismo tiempo los fuegos de la plaza.

Mientras las baterías y las contra-baterías obren contra las defensas, se trabaja en la bajada del foso, que á veces se practica á cielo descubierto. Esta bajada consiste en una galería que parte de cierto punto del glacis, y va por una cuesta suave, á desembocar en el fondo del foso, en frente de la batería de la brecha por donde se quiere subir al asalto; cuando el foso



Una emboscada de infantería turca.

está lleno de agua, la bajada desemboca al nivel del agua, y en este caso es preciso cegar el foso con sacos llenos de tierra y faginas, que son como unos hacecillos.

Como los sitiados arrojan sobre las obras granadas, piedras y otros proyectiles, es preciso poner *blindages*

puntar el día, las tropas en columnas en masa desembocan por la bajada, suben sobre la brecha y atacan de viva fuerza á los sitiados, que puede muy bien disputarles el terreno, pero que en breve se halla obligado á capitular si ha sido vigoroso el ataque.

Sin embargo, justo será decir que el talento y el vigor del ataque pueden ser combatidos por obstáculos imprevistos de temperatura, de localidad ó de guerra, y que se pueden encontrar obras de defensa establecidas á cierta distancia de la plaza atacada, sobre un terreno favorable y propio para detener la marcha de los sitiadores, y en este caso es preciso hacer nuevos esfuerzos; este hecho puede producirse en la Crimea para el ataque de Sebastopol. Así ganarán algún tiempo los sitiadores, lo que será peor para la humanidad, porque habrá mas sangre derramada, pero no por esto la victoria será menos cierta para los aliados. J. B.

El capitán de ingenieros Schmitz.

Nuestros lectores verán sin duda con gusto que en las páginas de esta publicación, pagamos nuestro humilde tributo á los que mueren hoy en esta santa guerra en que la Francia y la Inglaterra estrechamente unidas, gastan la mejor sangre de sus hijos y apuran sus recursos para asegurar á la civilización la preponderancia que reclaman las luces y el espíritu del siglo. Las víctimas de tan noble causa tienen derecho á nuestro respeto y á nuestra simpatía. — El capitán de ingenieros Schmitz nacido en París el 17 de noviembre de 1813, era hijo del general Schmitz que ilustró su nombre en las prolongadas guerras del imperio. El capitán Schmitz, salido de la escuela politécnica en 1835 con el grado de oficial del cuerpo de ingenieros, pasó en 1837 á la Argelia, donde tomó parte en todas las operaciones que tuvieron por resultado el engrandecimiento y la consolidación de la conquista francesa en aquellos sitios. En marzo de 1854 fué enviado al ejército de Oriente donde debía hallar el 6 de octubre bajo los muros de Sebastopol el término de una carrera que la muerte cortó demasiado pronto para su gloria.



El capitán de ingenieros Schmitz.